



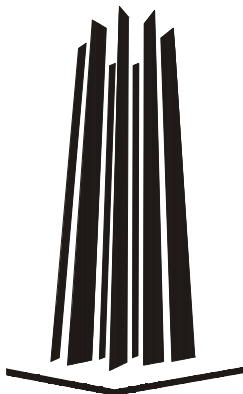
# UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES  
ARAGÓN

## EL PERIODISMO DE INVESTIGACIÓN: UNA PUERTA DE ENTRADA A LA ESPECIALIZACIÓN

INFORME DE DESEMPEÑO PROFESIONAL  
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:  
LICENCIADO EN COMUNICACIÓN Y  
P E R I O D I S M O  
P R E S E N T A:  
MARCO ANTONIO MARTÍNEZ GARCÍA

ASESORA:  
LIC. MARÍA GUADALUPE PACHECO GUTIÉRREZ



MÉXICO.

MARZO 2006



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## DEDICATORIAS

*A mis padres, especialmente a ello, a Estela García y Heliodoro Martínez, quienes con su esfuerzo me regalaron una profesión, sin importar las vicisitudes físicas, laborales y emocionales que enfrentaron. Cualquier reconocimiento que alcance, está dedicado a ellos.*

*A mis hermanos Alejandra, Heriberto, Ricardo, Patricia y Alfonso, que con su apoyo en diferentes momentos y su ejemplo en otros, han enriquecido mi vida.*

*A Araceli Bolaños y Patricia Corado, amigas, cómplices, compañeras de estudio quienes alegraron mi vida para siempre.*

*A Miguel de la Vega, el mejor de los amigos.*

*A mi asesora Guadalupe Pacheco, quien con su paciencia me dio el empujón final para concluir esta memoria.*

*A Alejandro Byrd, quien me sacó de la vergüenza de no estar titulado y me volvió a entusiasmar con la posibilidad de titularme.*

*A quienes forman parte de la comunidad de la Facultad de Estudios Superiores Aragón, porque estoy orgulloso de ser parte de ella.*

## **AGRADECIMIENTOS**

*Quiero agradecer especialmente a quienes han sido mis maestros en el periodismo. Uno de ellos es René Delgado, cuyas enseñanzas del oficio me sirven y sé que me servirán para toda la vida.*

*A Miguel de la Vega, periodista moderno e inteligente que contagia su inagotable pasión por la profesión*

*A Alberto Aguirre, periodista todoterreno cuyo estilo vale la pena conocer.*

*A Norberta Juárez, amiga que me dio el apoyo que requerí para seguir en el periodismo.*

*A quienes me han dado la oportunidad de formar parte de sus proyectos, como Patricia Mercado, Adriana Lobo y Salvador Camarena.*

## CONTENIDO

Introducción	p. 4
--------------	------

### CAPÍTULO I

Las elecciones del 3 de julio de 1994 cambiaron mi vida	8
* Mi paso por el Departamento de Investigación o la importancia de conocer la ciudad	12
* Mi desempeño por el Centro de Información y Captura o la utilidad de la mecanografía	16

### CAPÍTULO II

¡Por fin soy reportero!	22
* Mi llegada a <i>Enfoque</i>	22
* Los pasos para hacer un suplemento político	24
* Mis primeros textos publicados	27

### CAPÍTULO III

La necesidad del periodismo de investigación	32
* La información detrás de cada trabajo	32
* ¿Qué es el periodismo de investigación?	37

### CAPÍTULO IV

Un tormento glorioso llamado PSN	41
* Tras las pistas del PSN	42
* Un informe electoral y su potencial periodístico	44
* Las dificultades de la investigación... Las primeras fuentes consultadas	46
* Los recursos usados para completar la investigación	51
* El eslabón perdido	52
* El tesoro de Reyes	55
* El periodista no descansa	57
* El otro contacto	58
* El impacto del reportaje o la importancia del reportaje profundo	59

## **CAPÍTULO V**

La especialización del tema	61
* Otras experiencias dificultosas de reportear	61
* El seguimiento del PSN y la especialización del reportero	66
* Los últimos días	68

<b>A MANERA DE CONCLUSIÓN</b>	73
-------------------------------	----

<b>FUENTES DE CONSULTA</b>	77
----------------------------	----

## INTRODUCCIÓN

El 2 de julio de 2000 me encontraba en la redacción del periódico *Reforma*. A diferencia de muchos compañeros reporteros, ese día no tenía asignada una fuente en especial. A pesar de que cumplía cuatro meses como reportero titular del suplemento *Enfoque*, ese domingo laboré como auxiliar de edición, que fue mi anterior puesto.

Aquella jornada llegué a las instalaciones a la una de la tarde. Las siguientes ocho horas sólo me limité a estar pendiente de cualquier incidente o irregularidad registrada. Alrededor de las nueve de la noche, el entonces presidente Ernesto Zedillo reconoció la derrota de su partido, el Revolucionario Institucional. Apenas me enteré, pensé que lo más emocionante para mí ya había pasado, ya que esa sería la nota principal: la derrota del PRI. Llegué a creer que mi participación, mi papel ese día en la redacción se limitaría a la de un simple observador, a pesar de mi disponibilidad para cualquier necesidad que surgiera en *Planas Editoriales*, sección a cargo, al igual que *Enfoque*, de René Delgado, quien asimismo fungía como director editorial adjunto del diario.

Posterior al anuncio del primer mandatario, el ambiente en el periódico se transformó en alegría y alivio. Yo también disfruté de eso. Pero no me moví de mi lugar. Mi experiencia me indicaba que en cualquier momento podía ser requerido, y así fue.

De pronto, René salió de su oficina y me llamó. Rápido fui tras de él. Al entrar a su despacho, cerró la puerta, algo inusual, ya que la mayor parte del tiempo permanecía abierta. Me pidió sentarme y me comunicó que iba a telefonar a Mario Vargas Llosa, que se encontraba en España, para hacerle una entrevista. Me ordenó guardar silencio. Mientras marcaba, me invadió un sentimiento de alegría. Tendría la oportunidad de ver a mi jefe entrevistar al gran autor de *El pez en el agua* y autor de la frase “México es la dictadura perfecta”, en referencia al gobierno ejercido por el tricolor. Apenas se puso al teléfono el escritor, René lo saludó y de manera directa le pidió su opinión sobre la jornada electoral y quiso saber si desde su punto de vista, había terminado la “dictadura perfecta”. El reconocido novelista no ocultaba su emoción y satisfacción. Serían 10 minutos de pláticas entre dos grandes personajes.

Apenas René colgó el teléfono, me pidió sacar la transcripción. Lo más rápido que pude lo hice. Tardé unos 15 minutos y otros cinco en revisarla. Apurado, se la llevé a mi superior, quien me pidió hacerle una propuesta de nota para portada, y que se la enviara a Homero Fernández, encargado de la edición de la Primera plana y jefe de la sección Internacional. Asimismo, debía hacer otra versión para interiores. No me esperaba eso. Me puse nervioso. Por supuesto que agradecía la confianza, pero también implicaba una gran responsabilidad. Acudí con Homero, quien me dijo de qué tamaño la requería. Fui a mi lugar, preparé las dos versiones, las puse en el sistema de redacción y le avisé. Esperé alguna observación que nunca llegó.

El resto de esa jornada consistió en hacer guardia, que para mí se desarrolló sin novedad hasta la una de la mañana del 3 de julio. A pesar de la hora, mi entusiasmo permanecía inalterable.

Al día siguiente busqué desesperadamente el periódico, que apenas conseguí, ya que tuvo una gran demanda. Al comenzar a leerlo, vi la nota de portada y la nota interior, ambas con pocos cambios. Me sentí muy satisfecho, aun cuando mi participación nunca iba a ser conocida. ¡Cómo no iba a estar contento, si gracias a mi experiencia previa como capturista y luego como auxiliar y reportero eventual, fue que se me facilitó redactar la entrevista de René con ese gigante de la literatura en español. Y la cereza del pastel era la fecha en que ocurrió: el día que cayó la dictadura perfecta.

Sirva esta anécdota para ilustrar cómo en periodismo es importante todo, y de qué modo puede generar las satisfacciones más insospechadas, ya sea con un trabajo visible o anónimo. De esto trata la siguiente memoria de desempeño: del ejercicio del periodismo, las dificultades que implica y las satisfacciones que brinda.

El presente texto es, por supuesto, un intento de compartir experiencias con las nuevas generaciones de aspirantes a reporteros. Básicamente está dirigido a aquellos interesados en formar parte de un medio escrito. Aunado a las vivencias, mi intención es hacer una reflexión sobre diez años de trayectoria en el diario *Reforma*. Para ello, me he fijado como objetivo relatar las etapas y los puestos que desempeñé dentro del diario que nació en 1993, un año antes de mi incorporación a él.

Así, describiré mi ingreso como encuestador, y lo que aprendí en año y medio de hacer cuestionarios a gente de todos los estratos sociales, y cuyo domicilio lo mismo se encontraba en la capital que en el interior de la República Mexicana. Se trató de un periodo duro, cuya tarea era muy exigente, ya que en búsqueda de la población específica que requería cada proyecto, debía recorrer grandes distancias, exponerme lo mismo al sol de mediodía, que a la delincuencia de los rumbos más peligrosos de la ciudad. Fue una práctica valiosa que me ayudó a soltarme en el trato con cualquier tipo de personas. Era un ejercicio previo de las entrevistas que más adelante haría ya firmadas por mí. En ese lapso me topé con hombres y mujeres difíciles de abordar, groseros o que se resistían a contestar un cuestionario y que yo debía convencer. Dentro del primer capítulo de esta memoria expongo lo que considero como las enseñanzas que adquirí gracias a las encuestas.

Además, escribo sobre mi paso de encuestador a capturista de notas y textos escritos por colaboradores del periódico. Esta experiencia fue vital para mí, ya que fue un escalón necesario para convertirme en reportero. En esta nueva ocupación enfrenté el reto de lidiar con periodistas eficientes y veloces, pero también con otros cuya personalidad neurótica o distraída complicaba mi labor. Gracias a dicha labor comencé adentrarme en el proceso diario de la redacción de notas. Los reporteros me contaban las dificultades que debían encarar, ya fuera para conseguir la información como para interactuar con



sus jefes. Asimismo, yo debí adquirir velocidad para capturar lo que ellos me dictaban. Asimismo, se volvió necesario para mi contar con una actualización en materia informativa, de la cual en ese momento carecía.

En el segundo capítulo describo mi llegada al puesto de auxiliar del semanario *Enfoque y Planas Editoriales*. Ahí conocí el funcionamiento del suplemento político de *Reforma*. Tuve la oportunidad de ver de cerca el proceso de planeación, edición y corrección de la publicación, un proceso que sigue una metodología, pero nunca se repite. Una experiencia muy útil. Además, elaboré mis primeras entrevistas y reportajes.

Dado que formaba parte de un suplemento especializado en política y cuya publicación era semanal, su elaboración revestía características especiales. Una de ellas era el empleo del llamado “periodismo de investigación”, término polémico, ya que de entrada es sabido que el periodismo implica investigación. A ello me refiero en el tercer capítulo. En ese apartado considero que ese periodismo es aquel que requiere condiciones especiales para su buen desarrollo, como el uso de fuentes no sólo testimoniales, sino documentales y en este tiempo, digitales, para profundizar en la información anhelada; asimismo, contar con conocimientos previos y abundantes sobre el tema a averiguar, así como con plazos de entrega más amplios para sumar el máximo de fuentes cruzadas que garanticen un total rigor.

El cuarto capítulo está dedicado a desarrollar una especie de bitácora de un reportaje que hice relacionado con el Partido de la Sociedad Nacionalista (PSN). Escogí este trabajo por encima de los muchos que hice por la dificultad que implicó documentar cómo el presidente del PSN, Gustavo Riojas, creó ese partido con prácticas muy cuestionables. Cuando consiguió su registro ante el Instituto Federal Electoral, designó a familiares y amigos en los principales puestos de dirección. No fue la única decisión cuestionable éticamente. Fundó además una empresa de la que él era el presidente del consejo administrativo, la cual le facturaba al partido. Es decir, que el instituto político le generaba ganancias a su dirigente. Este material me trajo muchos sufrimientos, pero también enormes satisfacciones, una de las cuales es que a la fecha la información que obtuve se continúa usando. En mi opinión, este trabajo me permitió acercarme al reportaje profundo, ya que partí de una información publicada, pero le saqué provecho en la medida que me adentré en el objeto de la noticia, es decir el partido. No me quedé con lo que se veía en la superficie, sino que busqué conocer qué había detrás del informe de gastos que me sirvió de puerto de salida, y eso lo relato en este apartado.

En el último capítulo describo una experiencia fallida en la investigación y redacción de un reportaje en materia educativa. Hago un contraste con una experiencia exitosa en el mismo asunto. Ambos ejemplos me sirven para exponer por qué es importante planear y si es posible hacerse de la mayor información posible en cada tema que debamos indagar. Asimismo, hago un resumen de otros trabajos publicados en *Enfoque*, y pongo especial énfasis en los reportajes y entrevistas relacionados con la materia electoral, ya que fue el área en la que me especialicé. Sostengo que para cualquier reportero es vital especializarse en un área, tal como yo hice a partir de mi texto del PSN. Este texto me

obligó —aunque me gustó— a interesarme por lo electoral. Hasta mi salida de *Reforma* di seguimiento a aquel reportaje y estuve atento a cada nueva sanción o escándalo del partido. Procuré no soltar esa información, no porque fuera mía, sino porque quería ser un especialista en el tema. En este mismo apartado escribo mis últimos días en el periódico, que concluyeron con mi despido.

Ahora que estoy fuera de ese medio, es como volver a empezar, ya que viene otra etapa en la que ya no estoy amparado por un diario tan poderoso, pero sí por mi experiencia y lo que recibí de mi escuela.

Esa es la razón de esta memoria: retribuir un poco a la institución que con su plantilla de profesores me dio una formación profesional, herramientas, valores y, sobre todo, espíritu para ejercer el periodismo.

Considero que es un compromiso, pero también un placer contar mi paso de la escuela al área laboral, y compartir las enseñanzas que me dejaron cuatro años de clases, de cursos, de convivencia con profesores que con o sin experiencia en los medios, siempre estaban por delante de los estudiantes.

Tal vez el periodismo antes se aprendía de manera empírica, pero estoy convencido que para ejercerse en la actualidad debe ir acompañado de un bagaje cultural, académico y crítico que sólo en las aulas se puede adquirir. Sin la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Aragón —ahora Facultad— simplemente no habría llegado a donde lo hice. Ahora le dedico esta memoria.

## CAPÍTULO I

### Las elecciones del 3 de julio de 1994 cambiaron mi vida

El año de 1994 fue extraordinario para mí, por lo que me tocó vivir en lo personal y laboral. Como estudiante cumplí la meta de comenzar a trabajar en un área relacionada con mi carrera profesional. Asimismo, fui testigo de un año que cambió la historia de México.

Desde el primero de enero iniciaron los sucesos que casi nadie imaginaba ocurrirían en nuestro país. Se dio el alzamiento en armas, con todo y declaración de guerra al gobierno federal, por parte del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. El 23 de marzo el asesinato del candidato del PRI a la presidencia, Luis Donald Colosio, conmocionó a la nación. Ese mismo día sufrí también mi propia tragedia. Después de recibir la noticia del magnicidio, que francamente me impresionó, mi entonces novia me dio la puntilla, al comunicarme que decidía concluir unilateralmente la relación que teníamos. Por ello, esa fecha siempre será inolvidable.

Todo eso ocurría mientras cursaba el sexto semestre de la carrera de Comunicación y Periodismo en la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Aragón. Recuerdo que la situación económica en casa de mis padres, donde vivía y vivo actualmente, era apremiante, lo que implicaba que yo tenía tan poco dinero disponible, que apenas cubría mis gastos personales y escolares.

En la antesala de los 23 años de edad, carecía de experiencia laboral. Sólo contaba con el antecedente de haber trabajado en octubre de 1988 como obrero durante un mes, debido a que durante ese tiempo el Sindicato de Trabajadores de la UNAM (STUNAM) organizó una huelga. Fuera de esa prueba, desconocía lo que significaba obtener dinero a cambio de mi esfuerzo en empresa, oficina o comercio alguno.

A finales de mayo, ya con 23 años cumplidos, sin dinero ni experiencia y sin siquiera novia, decidí buscar trabajo. Consulté los anuncios clasificados de *El Universal* y *Excelsior*. Lo único que encontré adecuado para mí fue un anuncio del CREA, que promovía una bolsa de trabajo entre la juventud capitalina. Decidí visitar las instalaciones del ahora Instituto de la Juventud, ubicado en la colonia San Rafael. Aún tengo presente que hice una fila de alrededor de dos horas para que me atendiera un joven burócrata, quien me informó que el único trabajo disponible, relacionado con mi carrera, era el de observador electoral para el periódico *Reforma*. Aunque el título se oía muy técnico, consistía en vigilar casillas electorales, era por un sólo día y la paga era baja, me advirtió el empleado.

En esa ocasión estaba yo dispuesto a aceptar casi cualquier chamba, pero con la condición de que se relacionara con el periodismo. Lo de *Reforma* me pareció interesante, pero no le vi potencial profesional, debido a que era un trabajo de un día. No obstante, lo acepté porque había una paga: “Necesito dinero”, pensé.

Por esas fechas el diario, propiedad de Alejandro Junco de la Vega, aún no cumplía un año de haber salido a la venta. Más que por su calidad periodística, era conocido por el lío que tuvo con los voceadores, cuando éstos se negaron a vender el diario en una fecha feriado, lo que orilló a los directivos de la publicación a romper relaciones con ese gremio.

En mi caso particular, debo decir que compré el primer número, el 20 de noviembre de 1993. Lo vi, lo revisé, lo leí. A primera vista el contenido me pareció de tendencia empresarial. Lo analicé y noté que las notas de portada estaban completas, sin pases a otra página. Gráficamente me pareció atractivo por el uso de colores, pero nunca examiné concienzudamente su diseño. El empleo de elementos gráficos apenas y fue repasado durante mi trayectoria escolar. Ahora pienso que se le subestimó tanto por parte de los profesores como de nosotros. Siempre se le dio prioridad al contenido de los textos. Volviendo al *Reforma*, en mi primera lectura, superficial, reconocí a dos o tres plumas interesantes en el área editorial, entre ellas el historiador Enrique Krauze, el columnista Miguel Ángel Granados Chapa, a quien comencé a leer desde su paso por *La Jornada*, al igual que a la articulista Guadalupe Loaeza.

A pesar de esa primaria impresión, bastante deformada, el periódico me gustó por la agilidad que tenía cada sección. Lo compraba cada vez que iba al centro de la ciudad, ya que en el noreste del Distrito Federal no lo distribuían —ni lo distribuyen—.

Otra referencia que recibí del diario es la de un maestro de quien no recuerdo su nombre —era de esos maestros que casi nunca asisten— que en una clase nos contó, sin darle importancia, que por 1992 habían ido representantes de la empresa a la ENEP para reclutar estudiantes interesados en formar parte del proyecto. Desafortunadamente nunca me enteré. Tampoco imaginé que algún día tendría la oportunidad de formar parte de él.

Con tan pocos antecedentes, acepté el trabajo de observador del cual me enteré a través del CREA. En la oficina gubernamental me indicaron que debía visitar primero a la encargada de recursos humanos, María de Jesús García —quien dos años después se convertiría en mi jefa, aunque estoy seguro que ella no se acuerda de ese primer encuentro— en la oficina del periódico, que por esos tiempos estaba en la avenida Reforma.

Acudí con García. Apenas me anuncié, me recibió. Ya desde ahí parecía otra cultura profesional, en un país donde las citas se caracterizan por la impuntualidad. Mi entrevistadora me hizo preguntas generales sobre mis estudios, y me dio una explicación sobre el trabajo, que consistiría en vigilar una casilla. Añadió que la elección presidencial de ese año se pronosticaba complicada. El diario estaba interesado en reportar irregularidades durante la elección, tales como tardanza en la instalación de casillas electorales, acarreo de votantes, compra de sufragios, intimidación de funcionarios e incluso un mal conteo de boletas. Esa sería mi tarea, me explicó.

García me citó el viernes previo al domingo electoral en las instalaciones del periódico, para recibir material y una explicación más puntual del encargo.

Ese día, contrario a mi costumbre, intenté llegar antes de tiempo. Fue una decisión inteligente, ya que aunque la avenida México-Coyoacán se encuentra cerca de la estación del metro Zapata, también es cierto que como muchas calles, padece de una numeración desordenada que complica la búsqueda de cualquier domicilio. Además, se encuentra segmentada. Eso dificultó hallar el número 40. A lo anterior se agregaba el hecho de que como el periódico era casi desconocido en la zona, quienes caminaban por ahí ignoraban su ubicación.

Durante media hora busqué, pregunté y no encontré la dichosa dirección. Finalmente di con el edificio. Entré y en la recepción me dijeron que la plática sería en el tercer piso. Creí que los convocados sumaríamos unos 20. Al contrario, debieron organizarse varias sesiones para hablar con todos, que entrábamos y salíamos. Eso me causó una sensación amarga, ya que después las instalaciones del periódico, con su redacción nueva, reluciente, con piso de mármol y balcones de influencia prehispánica, lo vi como un lugar de trabajo, pero con tantos interesados en participar como observadores, no avizoré alguna oportunidad de destacar.

Durante mi turno Rafael Giménez, encargado del Departamento de Investigación, nos explicó que su área coordinaría la observación electoral. Ésta consistiría en contar a los electores, supervisar los movimientos de los representantes de partido y anotar cualquier irregularidad durante la hora de votación y el conteo de votos.

Recuerdo que al final participó Lázaro Ríos, en ese entonces director editorial adjunto. Fue una plática motivacional. ¡Vaya que es un líder! Con seguridad y convencido de lo que decía, nos explicó la importancia de nuestro trabajo, no sólo para el periódico, sino para el país, bajo el contexto del año tan difícil que vivía México, con el levantamiento del EZLN, el asesinato de Colosio y el recuerdo de las elecciones federales de 1988, con la caída del sistema electoral que impidió la llegada del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas a la presidencia de la República.

El directivo nos pidió seriedad, entusiasmo, y algo que no se me olvida. "¡No queremos héroes", dijo con su acento norteño. Se refería a que era más importante preservar nuestra integridad física, antes que cualquier información, por trascendente que fuera. Sonaba exagerado o alarmista, pero era bueno saberlo.

Ese día nos dieron nuestro paquete *Reforma*: una gorra y una camisa con el logo del periódico, unas hojas para apuntar, un contador, una tablita y un lápiz. También nos asignaron nuestra casilla. La mía quedaba a unas cuadas del metro La Villa, a 20 minutos de mi casa. Por último, nos pidieron apuntar los teléfonos a los que debíamos reportarnos.

Se puede decir que esta jornada electoral fue mi primer trabajo periodístico. Era emocionante participar en algo tan importante y con un panorama tan incierto: "el año que vivimos en peligro", se refieren algunos a 1994. Las elecciones eran parte de ese riesgo. Yo mismo me preguntaba entonces: ¿perdería por fin el PRI? ¿Ganaría Cárdenas con el PRD? ¿Podría ganar Diego Fernández de Cevallos, que durante el

debate entre los candidatos aplastó al perredista? ¿Aceptarían todos el resultado? ¿Habría violencia electoral? No podía soslayar que soterradamente había una campaña de bajo nivel contra Cárdenas por medio de folletos que denostaban su trayectoria y advertían de que en caso de que llegara, el país se derrumbaría. Se buscaba meter miedo.

Naturalmente, se respiraba tensión. Era claramente un trabajo importante y emocionante. Mi labor de ese día consistió en presentarme antes de las ocho de la mañana a la casilla, observar que fuera a tiempo su instalación y apertura, así como la llegada puntual de los funcionarios electorales, y registrar cualquier irregularidad por parte de ellos o de los representantes de los partidos.

A lo largo del día conté a los electores, observé las camionetas de los partidos atender a sus representantes, me quedé sin comer, a pesar de que en el periódico nos habían prometido un lunch. Tampoco pude votar, como era mi deseo. A pesar de que cerca de mi casilla se localizaba una especial donde podían hacerlo todos los que estuvieran lejos de la que les correspondía, preferí no alejarme de mi trabajo. Permanecí ahí hasta su cierre y la realización del conteo de los votos, acto para el cual los funcionarios electorales y los representantes de partido me pidieron salirme. Aproveché para llamar al periódico y dar un reporte previo.

Ahora que reflexiono al respecto del conteo, creo que debí presenciarlo, pues hasta donde ahora sé en la materia, legalmente nada me lo impedía, pero en ese momento me pareció lógico que me pidieran retirarme.

El resultado de la votación se dio a conocer hasta las 23:00 horas. Me volví a comunicar a *Reforma* para notificar los resultados. Me atendió una mujer de voz juvenil, que apenas recibió los datos, se despidió brevemente y me cortó. Mi trabajo había terminado. Llamé a casa y acordamos dónde me recogerían. Al día siguiente compré el periódico. Tenía tantos deseos de ver plasmado mi trabajo y buscar mi crédito, pues nos habían prometido incluirlo.

El trabajo de vigilancia electoral fue publicado. En otras casillas sí se registraron irregularidades y eran las que ocupaban el grueso de la información. Mi nombre no apareció. Lo busqué varias veces y no lo encontré. Decepcionado llamé al periódico para que me dieran una explicación, pero nadie sabía nada de eso ni de mi pago.

Me sentí desilusionado y no insistí. Hasta llegué a pensar que como no registré irregularidades y la jornada electoral prácticamente se desarrolló en paz, el trabajo se había medido en función de eso. La verdad es que los analistas electorales temían unos comicios violentos y afortunadamente no fue así.

Me quedé inconforme porque no me pagaron. Aunque la oportunidad de haber participado en ese ejercicio la consideré invaluable, de todos modos sentí que una remuneración sí me la merecía. Además, ese dinerito no me hubiera caído nada mal.

La inquietud me duró el siguiente mes. No aguanté más y volví a llamar, con todo y que tenía presente el tiempo que había transcurrido. Pasó un mes sin que nadie me aclarara qué había pasado, hasta que a fuerza de insistir me atendió Rafael Giménez. Me pidió ir. Pensé que por fin me iban a pagar.

### **Mi paso por el Departamento de Investigación o la importancia de conocer la ciudad**

La fecha exacta en que visité a Rafael Giménez para plantearle mi queja la he olvidado, pero estoy seguro que fue en el mes de octubre. Por pura deformación profesional debí apuntarla, pero no se me ocurrió.

Rafa, como le decían, me recibió en su pequeña oficina, en el primer piso del periódico. Le conté lo que había hecho el día de las elecciones y se mostró muy interesado. Le dije que las primeras veces que llamé para pedir mi pago, no me atendieron. Reconocí que había dejado pasar mucho tiempo, pero sentí que mi trabajo debía ser remunerado y por eso decidí acudir personalmente.

Él coincidió en que ya había pasado mucho tiempo y debido a ello ya no me podían pagar. Se disculpó conmigo y me ofreció algo a cambio. Había la oportunidad de formar parte del Departamento de Investigación como encuestador. Se trataba de preguntarle a la gente, ya fuera en la calle o por teléfono, sobre sus preferencias electorales, así como de sus hábitos y costumbres. En pocas palabras, de medir la opinión pública. Me explicó que las encuestas tenían mucha importancia dentro del periódico, pues se distinguía por ser el único con su propio departamento para dicha tarea.

Lo pensé rápidamente y acepté, con la idea de que eso era mejor que nada. Por supuesto hubiera preferido una oferta relacionada con reportear, pero también era consciente de que carecía de experiencia, de que no tenía otra oferta; para mí era importante entrar a un medio y ganar dinero.

Además, me convenía porque no había un horario fijo y podía continuar con mi servicio social, que cumplía en las mañanas en la entonces Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, y que concluiría hasta febrero de 1995.

*Reforma* en ese entonces era algo incierto. Apenas tenía un año de existencia y no detentaba su prestigio actual. Parecía una aventura, pero el proyecto me pareció serio, las instalaciones eran fantásticas y el periódico se leía diferente, fresco. Otro elemento adicional que me atraía era que gran parte de la redacción se componía de jóvenes. “¿Cómo podía fallar?”, pensé.

Al término de nuestra plática, Rafa me pidió regresar la primer semana de diciembre. Así lo hice. Para variar, no apunté ni recuerdo la fecha exacta. En mi primer día previamente pasé a la oficina de Rafa. A pesar de que se encontraba ocupado, me atendió. Me dio la bienvenida y me pidió hablar con Norberta Juárez. Ella era algo así como la coordinadora. Me dirigí con ella y desde entonces me pareció, como hasta

ahora, una gran persona. Me preguntó mi nombre, dónde estudiaba, y me comentó que había que tramitar mi alta como persona moral ante la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. De esta forma podría hacer mis cobros, bajo la modalidad de honorarios. Me explicó que cada proyecto se pagaba diferente, de acuerdo con la dificultad para realizarlo y el número de encuestas contestadas.

Por aquellas fechas el Departamento de Investigación se componía de la oficina de Rafa, un escritorio para Norberta y una mesa con tres computadoras. Debo confesar que me pareció un espacio muy pequeño, en un periódico tan grande como era *Reforma*. También el hecho de recibir pagos por honorarios me dio desconfianza y aunque posteriormente mi hermana me explicó que no era malo, fue engorroso el trámite para darme de alta ante Hacienda.

Mis primeras experiencias como encuestador las desarrollé sin dificultad, ya que los temas eran sencillos y los cuestionarios, breves. Algunas veces trataban sobre deportes o espectáculos. Los parques servían como sitios de consulta y la muestra poblacional se dividía por edades.

No había pasado ni un mes cuando encuestar se convirtió en algo más complicado. Mis primeros sufrimientos con las encuestas sobre consumo cultural, que contenían cada una como 100 preguntas con varios filtros. Debía realizarse a domicilio, con cuotas poblacionales muy estrictas. Esos cuestionarios generaban temor entre mis compañeros, precisamente por su complejidad. Al mismo tiempo, tenían una alta demanda, porque eran de los mejor pagados, 15 pesos cada uno. Si en un día uno realizaba diez, podía sacar 150 pesos, para esa época, muy buenos.

Aplicar encuestas a domicilio se convertía en algo penoso para cualquiera. La población sentía desconfianza y había que hablarle de manera amable, ya que no teníamos ningún documento que nos identificara. Algunas personas se desesperaban ante tanta pregunta y se retiraban. Otro inconveniente era cubrir las cuotas, sobre todo de gente mayor de 60 años. Y por si fuera poco, las colonias que se escogían como muestra eran lejanas, desconocidas e incluso peligrosas. Resultaba indispensable la *Guía Roji*, el metro y un buen par de zapatos.

El carácter también influye en este trabajo. Conocí varias compañeras que sacaban su trabajo más rápido que yo. Eran guapas, simpáticas y muy firmes con la muestra poblacional. No permitían que sus entrevistados se soltaran a hablar.

Pero yo era y soy tímido, carecía de su encanto y casi no tenía corazón para interrumpir a la gente. Me acuerdo que un sábado hice diez encuestas, pero para ello empecé desde las nueve de la mañana y terminé diez horas después, rendido de caminar y apuntar respuestas.

No obstante, cuando recibí mi primer pago fue muy satisfactorio. Ni siquiera lo hice con recibos míos, sino que una compañera me los prestó. No recuerdo la cantidad, pero sí que me sentí muy feliz.



Durante tres meses alterné la escuela, el servicio social y las encuestas, estas últimas las ejecutaba los fines de semana o en las tardes de lunes a viernes sobre pequeños temas. Al terminar el servicio social en febrero de 1995 le dediqué más tiempo a las encuestas. A esas alturas varios compañeros ya alternaban algún trabajo con la escuela, como yo. Varios camaradas de generación que sabían dónde laboraba, se referían al periódico como "el que se peleó con los voceadores". Yo por mi parte me sentía contento y a varios animaba a probar suerte como encuestadores. Nadie me hizo caso, ni siquiera mis amigos más cercanos.

Otros colegas, en cuanto se enteraban de que trabajaba para *Reforma*, se burlaban y afirmaban que nadie conocía ese diario. Eso me irritaba pero me quedaba callado ante sus comentarios. Me parecía una pésima actitud periodística hablar sobre algo que desconocían y que a mí ya comenzaba a gustarme.

Al terminar la escuela, en junio de 1995, pude dedicarme más a las encuestas. Gracias a ese trabajo, conocí mejor la ciudad. Aprendí a andar en pesero, en metro, a usar la *Guía Roji*, a identificar numeraciones caprichosas, a comprender que hay colonias que casi nadie conoce, pero existen. También aprendí a detectar calles peligrosas.

Como encuestador trabajé en las delegaciones Gustavo A. Madero, Milpa Alta, Miguel Hidalgo, Magdalena Contreras, Tláhuac, Iztapalapa, Xochimilco y Tlalpan. También visité muchos municipios en el Estado de México. Nuestro trabajo implicaba ir a los municipios de Tlalnepantla, Netzahualcóyotl, Naucalpan, Cuautitlán, Ecatepec o Huehuetoca.

Había encuestas fáciles y difíciles. Estas últimas se relacionaban con las que contemplaban a la población de mayores recursos. La verdad es que a esas siempre les rehuí, desde que un día probé suerte y sólo conseguí que me respondieran dos personas. Curiosamente, había otros encuestadores que tenían facilidad con esta gente y se les complicaba ir a zonas donde imperaba la población pobre.

También tuve la oportunidad de viajar para realizar encuestas sobre evaluaciones de gobierno. Fui a Michoacán, Veracruz, Puebla y Morelos. Eran jornadas muy cansadas, pero representaban la oportunidad de ver otra cara de México.

Una variedad eran las encuestas telefónicas. Esas se requerían para conocer la opinión pública de un tema o suceso del día, como un partido de fútbol o algún conflicto político. A veces debíamos hacer encuestas llamadas de consumo interno, cuya muestra poblacional se componía de los suscriptores del periódico. A través de ellas los directivos del periódico conocían la opinión de los lectores respecto a cada una de las secciones del diario.

La chamba requería un ritmo constante. Sin proyectos no había dinero. Aunque a veces me podía dar el lujo de evadir algunos temas, la necesidad me obligaba a tomar otros complicados, como el de consumo cultural.

Con el paso del tiempo la realización de encuestas sufrió un proceso. Poco a poco se profesionalizó, por decirlo de alguna manera. Cuando ingresé era común ver que cualquiera pudiera integrarse al departamento. Quienes participábamos teníamos en común ser egresados de la carrera o algunos aún se encontraban cursando materias.

Había compañeros de escuelas públicas y privadas. Estos últimos eran menos tolerantes a las cargas de trabajo y muchos de ellos sólo trabajaban unas semanas y de pronto, sin avisar, abandonaban su responsabilidad. Otros, de cualquiera que fuera su origen, comenzaron a chocolatear —falsificar— encuestas. Realmente no era tan difícil porque entonces no había supervisión. Pero a inicios de 1996 todos fuimos sometidos a una supervisión de nuestro levantamiento de encuestas.

Muchos amigos queridos salieron. Entre los que quedamos, algunos fueron promovidos a otras áreas. Esto significaba algo positivo para nosotros como para el periódico, ya que 1995 fue difícil por la crisis económica generada por el llamado “error de diciembre”, que causó un recorte de gastos en el periódico y el congelamiento de cualquier promoción. Incluso supe que en el afán de ahorrar en el gasto de hojas para imprimir, *Reforma* llegó a comprar a un bajo precio papel color naranja.

Los que supieron del asunto decían muertos de risa que se veían horribles y casi nadie usaba las impresoras por esa razón. También hubo restricciones en llamadas telefónicas y recorte de plazas. Incluso nosotros no estuvimos exentos de miedos, porque temíamos que nos desaparecieran. Afortunadamente esto no ocurrió.

Mientras formé parte de encuestas, tuve la oportunidad de convivir con Norberta Juárez. Aunque tenía fama de estricta y a algunas compañeras no les simpatizaba, yo me llevaba bien con ella y para mí es una de las mejores personas que conozco.

A inicios de 1996 recibí la oportunidad de codificar algunas encuestas. Ese trabajo era de escritorio y consistía en ordenar la información que ellos habían recopilado. Servía para hacer la estadística de cada tema. Fue una tarea que desarrollé en dos o tres ocasiones.

Como muchos de mis compañeros encuestadores, tenía la inquietud de dar el salto a otra área. Algunos ya lo habían conseguido, en parte gracias al apoyo decidido de Norberta, por lo que no era descabellado desearlo, a pesar de que los de encuestas éramos (y siguen siendo) la sección más humilde de la redacción.

La oportunidad llegó el día más inesperado. Nuevamente, no apunté la fecha. Pero sí recuerdo que una mañana llegué al periódico, y una compañera me dijo que Norberta me buscaba. Desde entonces tenía delirio de despido. Pensé que ya me iban a correr. Pero mi amiga me dijo que no, que parecía que me iban a cambiar.

-¿A dónde?, le pregunté, temeroso de que se tratara de una broma.

-Parece que a captura.

-¿A captura?, dije sin entusiasmo.

La idea no me gustó mucho. Tenía miedo al cambio. A pesar de que yo sabía que se trataba de una oportunidad de crecimiento profesional, de tener más contacto con el funcionamiento del periódico, al mismo tiempo sufrí un ataque de inseguridad sobre mis propias capacidades, y temí fallar. Ni siquiera sabía bien a bien qué era captura. Pero me animé, pues sabía que era una ocasión que me convenía.

Norberta me informó que había un chance y que no lo desaprovechara. Me animó mucho y eso fue importante para mí. Tenía que hablar con María de Jesús García. El destino me ponía con la primera persona con quien había hablado de *Reforma*.

La verdad es que no conocía mucho a Marichuy, como le decían quienes la conocían. Tenía fama de estricta. Me preguntó por mi ortografía y mi habilidad para escribir a máquina. Le dije que la primera era buena y la segunda había sido desarrollada cuando hice mi servicio social, gracias a que diario “mecanografiaba” una síntesis sobre las notas publicadas de los secretarios de Agricultura en turno. Yo francamente pensaba que ese antecedente me daba competencia para el puesto.

Me dijo que había una vacante y que los tres primeros meses serían de prueba. Si no servía, adiós. Tendría el turno de 14:00 a 23:00 horas, con una hora para comer, y un día de descanso con derecho a dos cada tres semanas.

Así se llevó a cabo mi cambio a captura, o dicho correctamente: el Centro de Información y Captura, el CIC. Norberta me deseó suerte, me pidió echarle ganas y yo le agradecí su promoción. Ella negó injerencia alguna. Eso se llama generosidad, pensé.

### **Mi paso por el Centro de Información y Captura o la importancia de la mecanografía**

En diez años en los que laboré en *Reforma* sufrí situaciones profesionales y personales muy duras. Pero nunca como mis primeros días en el CIC.

Mi cambio se efectuó el 23 de mayo de 1996. La fecha la recuerdo no porque la haya anotado, sino porque coincidía con el cumpleaños de mi hermana. Previamente me había hecho exámenes médicos, porque para pasarme al CIC debía firmar un contrato con la empresa y exigían buena salud. Estuve dispuesto a que incluso me tomaran una muestra de sangre. Afortunadamente, ninguna enfermedad me impidió integrarme al Grupo Reforma.

Cuando llegué al CIC, éste se conformaba por Fabiola, Blanca, Olivia, Alberto y Nora, quien era nuestra supervisora. La chica a quien sustituía se llamaba Patricia. Ella me explicó que se trataba de tomar los adelantos de información de los reporteros, que debían dictarme por teléfono antes de las 15:30 horas. Podían ser de cualquier

sección diaria, pero la más importante era Nacional. Para efficientar el trabajo cada uno contaba con una diadema por lo que se podían tomar las llamadas sin necesidad de apoyar el teléfono en el hombro. La que a mí me correspondía no servía.

Además de los adelantos, debíamos capturar las notas que dictaban por la tarde o noche. Por otra parte nos llegaban textos de los suplementos como *El Ángel* o *Enfoque*, que debíamos copiar rápido y sin fallas ortográficas. También me dijo que había que hacer un informe de las notas capturadas y anotar su número de caracteres.

Me enseñó a usar un programa que servía para practicar la mecanografía. Era de 16 niveles. Cuando lo intenté practicar, no pasé del segundo nivel, no coordinaba mis dedos y apenas empleaba tres entre las dos manos. Esa mala experiencia me hizo arrepentirme de haber rechazado aprender mecanografía durante la secundaria. En ese entonces lo consideré como algo sólo para mujeres. Ahora me pesaba. Durante mi paso por la ENEP tampoco se le dio importancia a la mecanografía pues nunca creí que me podría ser útil para mi desempeño profesional.

El primer día, como consideración a mi situación de recién llegado, no recibí llamadas de reporteros y sólo copié un texto para la sección Internacional. Aunque el contenido no mediría más de 10 mil caracteres, me tardé varias horas. La verdad es que descubrí que me faltaba velocidad para escribir en la computadora, apenas si tenía dominio del programa especial usado para enviar las notas a las diferentes secciones.

Así fue como tomé conciencia de que en mi vida escolar apenas y había tocado una computadora. De hecho lo que conocía se lo debía a mis amigos. De Internet desconocía todo. Corría el año de 1996, y estaba algo atrasado en materia cibernética.

Al siguiente día me permitieron tomar adelantos. Me sentía optimista y más allá de mis deficiencias, pensaba que no sería complicado recibir los adelantos y copiarlos. Me equivoqué.

Aunque debí suponerlo, ignoraba que muchos reporteros mandaban sus adelantos al filo del horario límite, lo que provocaba que dictaran a velocidades por encima de mis dedos. Lo peor fue cuando les pedía que me repitieran lo que me habían dicho. Hubo reporteros que se molestaban, otros sólo suspiraban y varios pedían que les pasara a otros compañeros. Sentía horrible. Porque además quería tomarles el adelanto y ellos no aceptaban. Lo peor es que esos primeros días trabajé sin la diadema. Cuando por fin la usé, ya estaba muy desprestigiado y me sentía inseguro de mis capacidades.

Esos primeros días, algunos adelantos de notas sí los llegué a capturar conforme ellos me dictaban, pero mientras lo hacía escribía palabras ininteligibles. En cuanto ellos colgaban, no recibía otra llamada, pues me ponía a corregir los dedazos. Aquí debo decir algo que fue importante y tal vez sea la razón por la que no me despidieron a los tres meses: regularmente leía los periódicos, lo que me permitía estar más o menos enterado de los personajes del momento, así que los nombres y palabras abreviadas incompletas las podía interpretar con facilidad.

Esta previsión la tomé gracias a lo que aprendí en la escuela con mi materia de Actualización Periodística. Reconozco que la tomé sin mucho interés y ni siquiera recuerdo quién me la impartió, pero sí me queda claro que aprendí la importancia de permanecer actualizado en materia informativa, de leer por lo menos un periódico cada día. Desde entonces he procurado estar al día, cosa que me sirvió en mis primeros días de capturista, sin duda.

Durante mis primeras jornadas en el CIC salía con los nervios destrozados, ya que muchos reporteros apenas escuchaban mi voz y pedían hablar con otro compañero o colgaban. Eran pocos los que me tenían paciencia y aceptaban dictarme. Incluso, después me enteré de que me ubicaban como el lento y algunos se quejaron por ello. La captura de textos para los suplementos también se me dificultó, porque siempre los hacía a contrarreloj y, con mi velocidad, debía quedarme hasta dos horas después de mi turno para concluirlos.

Pasaron cuatro meses y un día Marichuy me llamó a su oficina. Hasta entonces mi forma de capturar apenas había cambiado. Me reclamó que ya habían pasado los tres meses de prueba y yo no había mejorado. Había críticas contra mí y ella creía que no funcionaba y no mejoraba. Rápidamente reaccioné y le pedí 30 días más. Le dije que no le haría promesas y sería mi trabajo el que hablaría por mí. Le rogué otra oportunidad. Le dije que necesitaba ese tiempo para demostrarle mis avances. Le hablé de mis méritos, la buena ortografía y la lectura de los periódicos que hacía diario no sólo de *Reforma*, sino de *La Jornada* y *El Universal*. Mi jefa aceptó darme otra oportunidad. "Otro mes", dijo. Siempre estaré agradecido con ella por ese gesto.

Con la práctica alcancé a capturar mejor y no me importaba sacrificar mi horario para entregar los textos que me encargaban. Además, decidí tomar las llamadas de los reporteros que mis compañeros evitaban. Así me gané poco a poco su confianza. También me armé de valor y comencé a enfrentar a los que eran una pesadilla por su prepotencia, que eran varios. Paulatinamente, me hice más veloz.

En el CIC me tocó pasar las elecciones federales del 6 de julio de 1997. Ese día ningún capturista descansó, pero esto se convirtió en un privilegio ya que nos correspondió recibir la información de esa jornada casi de primera mano .

Esos días de elecciones son muy emocionantes en la redacción de un periódico. Hay adrenalina, hay compañerismo, hay presión y hay el deseo de hacer las cosas mejor que la competencia. Hay una exigencia propia, y eso es parte de la actitud que distingue a *Reforma*. Es una jornada en la que trabajan casi todos, incluso los de las secciones de soft news —los encargados de Gente! Y Cultura— o los que normalmente descansan el fin de semana. Curiosamente la mayoría lo hace con gusto. Casi nadie quiere perderse ese día en que reina la armonía y el profesionalismo. Los directivos también asisten e invitan las pizzas, que llegan por decenas de cajas.

Al otro día la edición salió muy bien. De alguna manera, sentí que había algo de mí en esa edición, aunque mi crédito no apareciera. A pesar de esa satisfacción, a los dos años ya deseaba algún cambio. Era difícil, aunque al igual que en Investigación, en

el CIC algunos compañeros habían salido de ahí a otras secciones.

Una de las razones para buscar mi cambio es que ya estaba cansado de repetir la rutina de tomar dictados de otros y de transcribir textos. La verdad es que uno de mis sueños era ser reportero.

Me sentía ansioso y desesperado. Una vez me encontré en el comedor con Dinorah Basáñez, la editora de Cultura en el comedor. Comimos y platicamos. Aproveché la ocasión para preguntarle si había algún lugar en la sección que dirigía. Amable, me dijo que no. En otra ocasión me acerqué con Marichuy y le comenté mi inquietud. Me dijo que no había oportunidades disponibles. La situación era desesperanzadora.

En otra ocasión visité las instalaciones de lo que sería el periódico *México hoy*. Había escuchado que estaban a punto de comenzar a circular y necesitaban personal. Acudí y todo me parecía muy bien, hasta que ví, casualmente, que se encontraba presente, casi supervisando, Emilio Gamboa Patrón, el exsecretario de Comunicaciones y Transportes en la administración de Salinas de Gortari y exsecretario particular del Presidente Miguel de la Madrid. Me pregunté qué hacía ahí. Su presencia la ligué con todos los rumores de las relaciones sospechosas entre los dueños del nuevo medio, los hermanos Cantón Zetina y políticos priístas. Después de ver a Gamboa Patrón, decidí que no buscaría un sitio ahí. De cualquier forma, tampoco nadie me propuso nada.

La oportunidad que tanto anhelaba me llegaría por un suceso inesperado, un error que cometí como capturista.

Un día escribí un adelanto sobre un artículo de Enrique Krauze que estaba a punto de capturar. Se me hizo fácil poner un comentario que consideré gracioso, sobre sus pugnas con otro escritor igual o más prestigiado, Carlos Fuentes. Pensé que no pasaría nada.

Cuál sería mi sorpresa cuando a los 15 minutos me mandó a llamar René Delgado, subdirector Editorial. Al llegar a su oficina me invitó a pasar. Lo encontré furioso. Me preguntó por qué escribí eso. Después de una pausa, nervioso, le dije que tenía presente la famosa polémica que habían sostenido esos personajes hacía algún tiempo, por una crítica de Krauze a la obra de Fuentes. Entonces René me preguntó si no se me había ocurrido que alguien podía leer eso y contárselo al historiador. No sólo eso, se trataba de un pensador destacado y valioso y yo no podía escribir ese tipo de cosas sobre él, cuando además él formaba parte de la empresa.

Me pidió no volver a hacer eso nunca más, cuidar lo que redactaba. Me advirtió que vigilaría los artículos para revisar que no se repitiera ese incidente. Yo le ofrecí una disculpa y le expresé mi pena. Me sentí irresponsable y tonto. René me hizo comprender que lo que escribimos tiene consecuencias, por lo que implica una gran responsabilidad. No sólo se trata de anotar lo que se nos ocurra.

Así fue como conocí a René, de quien sabía poco, pero me dejó muy impresionado. A la semana nos encontramos en la recepción. Yo esperaba el servicio de taxi que la empresa proporciona a sus empleados y él iba de salida, rumbo a su casa. Serían las 23:20 horas. Me vio y me saludó. Sonriente, se acercó y me dijo: "¡qué coraje me hiciste pasar!". Yo me alegré de que ya no me regañara.

Después de eso pasaron tres semanas y un día me avisaron que otra vez quería hablar conmigo. Me asusté y pensé: "¿ahora qué hice?". Mi jefa del CIC me adelantó que había escuchado sobre una oportunidad de ocupar la plaza de auxiliar del suplemento político *Enfoque*, cuyo director era y es René.

Todavía me acuerdo que ese día tuve un accidente en la comida y me manché la camisa de salsa. Tuve que ir al baño a lavarla con jabón líquido, para desmancharla y evitar presentarme con tamaños lamparones.

De vuelta en su oficina, encontré a René amigable. Me preguntó dónde había estudiado. Con orgullo dije que en la ENEP Aragón. Me pidió los nombres de los reporteros que habían salido de mi escuela. También quiso saber a quién admiraba y como quién me gustaría ser. Enseguida me lanzó la pregunta del millón. "¿Te gustaría cambiarte de área?". Mi respuesta fue obvia: "¡Claro que sí!". Me informó que había una vacante de auxiliar y que me tenía contemplado para ocuparla. "¡Fantástico!", pensé.

Ahora que recuerdo dicha plática, pienso que mis respuestas fueron pobres, pero mi entusiasmo era evidente. Me encontraba en la antesala de una oportunidad soñada, con lo que podría participar más en el periódico.

Pero antes de aceptarme como parte de su equipo, me puso una prueba. Me encargó cubrir una visita de Andrés Manuel López Obrador a Ciudad Universitaria. Debía hacer una crónica del entonces líder del Partido de la Revolución Democrática. René me pidió estar atento a cada detalle. En cuanto terminara el acto, debía hablarle a su celular.

Hice lo que me pidió. Fui a CU. Llegué desde temprano. Pero López Obrador no se apareció. Canceló de última hora. Llamé a René y le afirmé que no había nota. Me reviró y me dijo que más bien yo no la veía. "¿Por qué faltó el perredista? ¿Qué le ocurrió? ¿Dio una explicación? ¿Estaba enfermo?", me preguntó y me pidió contestar tales preguntas. La verdad es que yo no tenía las respuestas. Estaba con las manos vacías, pues me conformé con el aviso de la cancelación y ya no reporté. Me exigió un texto sobre López Obrador.

Elaboré un texto que ahora pienso fue lamentable, parecía más un editorial que trataba de demostrar mis conocimientos del personaje y conjeturas sobre su compromiso incumplido. Debo reconocer que casi no había buscado información. Su virtud fue que lo entregué a tiempo y con una excelente ortografía.

La tarde que se lo dí, lo tomó y apenas le echó un ojo. Me pidió regresar en una

semana. Al término de ese plazo volví y me repitió lo mismo. Pasaron tres semanas y yo estaba francamente nervioso, porque pensaba que mi crónica no le había convencido y con ello se esfumaba la oportunidad de pasarme a *Enfoque*. Algunas veces pasaba cerca de su oficina y no sabía si interrumpirlo o no, pues casi siempre estaba ocupado. Pero cuando menos me lo imaginé, me llamó y por fin me dio el sí. Me informó que mi cambio se haría.

¡Qué feliz me sentí!



## CAPÍTULO II

### ¡Por fin soy reportero!

El día que me entrevisté con René Delgado para que me describiera cuáles serían mis labores dentro del suplemento *Enfoque*, más bien supe la actitud que deseaba de mí. “No quiero que cuando escribas lo hagas en un tono personalista. El reportero no es el protagonista de la noticia”, me explicó. Asentí, aunque por aquellas fechas uno de mis anhelos era hacer textos donde incluyera mi voz, por lo que ese aviso me pareció limitante, pero lo acepté porque coincidí con el argumento: el periodista no es la nota.

Respecto a mi actitud, me pidió ser discreto. “No quiero nada de chismes”. Prometí que no haría nada de eso. Me advirtió que él era un jefe muy exigente. “Okey”, le dije. En tono más grave, recalcó: “Es en serio”.

Me dio la bienvenida y me citó para el 19 de octubre, fecha en la que comencé de manera oficial mis labores de auxiliar. Fue así como después de dos años y medio de pertenecer al Centro de Información y Captura, lo dejaba y me trasladaba a otra sección.

### Mi llegada a *Enfoque*

Antes de convertirme en auxiliar del semanario de tipo político *Enfoque*, ya tenía la costumbre de leerlo cada domingo. No diré que todo, pero sí me gustaba echarle un vistazo a los reportajes y entrevistas de tres reporteros en especial: Daniel Moreno, Arturo Cano y Roberto Zamarripa. Incluso, disfruté mucho la entrevista que René Delgado le hiciera a José Ángel Gurría, cuando éste fungía como titular de la Secretaría de Hacienda. Estaba escrita en un tono conciso, claro, contundente. Tampoco se me olvida que precisamente esa charla René la subió al CIC acompañado de Zamarripa, y nos pidió que la capturásemos. Recuerdo que nos lo pidió de forma tan amable, que todos queríamos hacerla. Finalmente la hizo otra compañera y no yo.

Además de esos géneros periodísticos, el suplemento incluía artículos o ensayos sobre política, economía, derecho y sociología, principalmente. Cabe señalar que resultaba complicado comprenderlos, por la inclusión de cifras o el uso de citas de obras de autores reconocidos en ciencia política. Pero al mismo tiempo ofrecían otra visión de los asuntos de actualidad.

Una sección muy popular era la de humor, denominada Enroque. Cada domingo era lo primero que veía del suplemento. Posteriormente descubrí que otras personas, incluso políticos, empezaban la lectura como yo.

Así, el hebdomadario me resultaba en cierto modo familiar. Por supuesto desconocía su funcionamiento, cómo se planeaba cada número. Pero ahora tendría la oportunidad de saberlo.

El ex auxiliar Fernando Gaspar fue quien me instruyó en todas las labores que debía desempeñar como auxiliar de *Enfoque*. Él sabía al derecho y al revés todo de la

sección. Ascendido a reportero, gozaba de manera singular de la simpatía de René. Eso para mí representó una ventaja, pues gracias a eso conocí algo más sobre la manera de ser del director.

Gaspar me explicó que mi labor consistiría en auxiliar, en primer lugar, al propio René, enseguida al editor, a la editora de Planas Editoriales, y por último, pero no por eso menos importante, a los reporteros, integrados por Daniel Moreno, Fernando del Collado y el propio Gaspar.

En el caso de René, debía apoyarlo en cualquier búsqueda de información que me solicitara, tanto para su columna Sobreaviso, como para su colaboración cada miércoles en el noticiario de radio de Pedro Ferriz de Con. Mi obligación era entregar los datos lo más pronto posible.

Otra tarea bajo mi encomienda era la de coleccionar diariamente las secciones Nacional, Ciudad y Negocios, ordenarlas y agruparlas por semana. A este paquete impreso se le llamaba la bandera, y servía para identificar rápidamente las publicaciones recientes, tenerlas a la mano y consultar cómo fueron publicadas e ilustradas las notas más importantes. Esta labor que parecía tan fácil, se podía complicar cuando yo no consiguiera un periódico en fin de semana, cuando me encontrara de vacaciones o cualquier día en que ningún ejemplar estuviera a la mano, me explicó Gaspar. Entonces mi deber era buscarlos donde fuera, o sea en otra sección, pedirselo a alguien o en el peor de los casos, comprarlo.

Asimismo, debía hacer una bandera para *Enfoque* y además debía conservar el mayor número de suplementos para facilitárselo a quienes lo solicitaran. Frecuentemente analistas o compañeros reporteros los consultaban y a veces se los llevaban. Ambas banderas eran requeridas frecuentemente por René, por lo que debían estar completas, ordenadas y actualizadas.

También tenía asignado elaborar una bitácora de cada número de *Enfoque*, consistente en enlistar los artículos o reportajes aparecidos en la publicación con su título, su fecha e incluir el nombre del o los autores. Debía presentar a René este documento, él decidía cuánto debía pagárseles a los colaboradores, apuntaba el monto y firmaba la hoja. A ésta se le sacaba una fotocopia para llevarla a Gerencia Editorial, encargada de saldar los pagos con la autorización del director del suplemento.

Una tarea más a mi cargo era proporcionar a los reporteros del semanario el material de trabajo que necesitaran: cassettes, libretas, plumas y pilas, por lo que regularmente debía surtirme de estas herramientas en la Gerencia Editorial.

Gaspar me resaltó la importancia de no descuidar los encargos de René, a quien le disgustaban las tardanzas. Añadió que era un hombre jovial, atento y simpático. Pero exigente e impaciente.

René tenía a su cargo las *Planas editoriales*, sección de dos páginas centrales del periódico *Reforma*, donde se publicaban artículos con la opinión de destacados

analistas como Federico Reyes Heróles, Jesús Silva Hérez-Márquez, Lorenzo Meyer, Miguel Ángel Granados Chapa, Jaime Sánchez Susarrey, Guadalupe Loaeza y Sergio Sarmiento, entre otros profesionistas.

Otra de mis obligaciones consistiría en auxiliar a las encargadas de Planas, cargos ocupados en aquel tiempo por Adriana Amezcua y María del Carmen Vergara. Mi labor con ellas residiría en revisar las impresiones previas de la sección conocidas como *printers*. En esas hojas yo haría una corrección de pruebas, para evitar en los textos a publicarse los errores ortográficos, los nombres, cifras o fechas incorrectas o que en una línea aparecieran palabras solas, conocidas como viudas. También debería impedir que divisiones silábicas como -de-, -es-, -en- quedaran al final de cualquier párrafo.

Debía velar que no se fuera ningún dedazo o letra suelta, ni faltas de concordancia de género o de cantidad. Gaspar me informó que era previsible que de martes a jueves no me pidieran ayuda, en cambio recurrirían a mí los lunes, viernes y sábados, días en que una de ellas descansaba. La corrección de textos en el suplemento se hacía cada jueves, día de cierre. Debía revisar algunos *printers* y, en ocasiones, sentarme con los diseñadores a meter los cambios en sus máquinas.

Pero bajo mi total responsabilidad quedaría la elaboración de la cartelera de *Enfoque*, publicada en la penúltima página. Era una sección de consulta, y ahí se presentaba información sobre conferencias, cursos, foros, publicaciones de libros y revistas, así como programas de radio o televisión de contenido político. Gaspar me prometió prepararme un machote de esta sección para que yo pudiera usarlo. Además, me entregó una lista de sus contactos, con datos telefónicos de editoriales, circuitos de cine, divisiones académicas y consultorías políticas.

La explicación de cuáles serían mis funciones duró alrededor de una hora. Al finalizar, Gaspar me deseó suerte con un apretón de manos.

René, por su parte, me pidió tener mucho cuidado con *Planas Editoriales* y no cometer un error como el que me puso frente a él la primera vez. Me destacó la importancia de contar con cada uno de los articulistas, a los que calificó como “las personas más inteligentes de México”. Añadió que había que tratarlos bien, y en cualquier cosa que me pidieran, debía ayudarles. Si me pedían hablar con él, mi responsabilidad era comunicarlos lo más pronto.

### **Los pasos para hacer un suplemento político**

Mi llegada a *Enfoque* se dio el jueves 19 de octubre. Previamente Gaspar me había presentado a una parte del equipo. Lo que ignoraba es que, al igual que yo, dos personas más se integraban al suplemento. Se trataba de Miguel de la Vega como editor y Ernesto Montes de Oca como editor de diseño.

Al ver a Miguel en la sala de juntas, muy serio, traté de reconocerlo, pues conocía por lo menos de vista a mucha gente, pero no lo identifiqué. René lo presentó

como un especialista en datos duros, con el antecedente de haber sido editor de la revista *Proceso*. “Casi nada”, pensé.

A Ernesto lo conocía porque cuando trabajé en el Centro de Información fuimos vecinos: él diseñaba el suplemento *Club Reforma*, dedicado a cubrir lo más relevante del jet set mexicano. No obstante, casi nunca cruzamos palabra. A él, nuestro director lo presentó como un viejo conocido del suplemento. Ernesto contaba con el antecedente de haber formado parte del equipo durante los primeros meses.

La junta de trabajo *Enfoque* se organizaba cada jueves. Esa ocasión fue especial porque se efectuó en una sala de juntas, lejos de nuestro lugar de trabajo. Habitualmente se celebraba en la oficina de René.

Además de los compañeros reporteros, a las reuniones asistía el equipo de diseño, integrado por dos personas bajo la responsabilidad de Ernesto.

Lo que se discutía ahí eran las propuestas de trabajo, para así planear el siguiente número. Se hacía con base en los temas de actualidad o alguna exclusiva que trajera algún compañero o interesara mucho a René desahogar. Asimismo, cada reportero informaba de los trabajos que investigaba y exponía sus adelantos para contemplarlos en las próximas ediciones.

Esa primera reunión fue emocionante. Ver a René cómo llevaba la junta resultaba una lección periodística, por el conocimiento y dominio de temas con que contaba, por las propuestas que generaba a partir de algo leído en el periódico, visto en la calle o alguna ocurrencia expresada por nosotros. Además, proponía abordar los temas de manera novedosa, y recordaba fuentes para casi cualquier asunto. Sabía muy bien cómo lidiar con los reporteros. A veces daba el empujón necesario a alguna buena idea a la que sólo le faltaba cuajar. En otras ocasiones sabía contener las ocurrencias disfrazadas de reportajes novedosos o chistosos. René también aportaba ideas gráficas para cada tema, que se las planteaba a diseño.

Después de esa cita inicial recuerdo que los de diseño y de edición fueron a terminar el suplemento, tal como ocurría cada jueves. Desde ese primer día ayudé a las editoras a la revisión de los printers de *Enfoque*. Aunque fue poco el material que corregí, me sentí contento por hacer algo diferente. No me costó trabajo seguir las indicaciones de mis compañeras.

A partir de ese día empecé a trabajar. Al terminar la corrección, alrededor de las 17:00 horas, me dediqué a buscar eventos para la cartelera. Lo mismo hice el viernes, e inicié la elaboración de las banderas.

En esa primera semana, René se hizo cargo de la edición del semanario, debido a que Miguel todavía no podía estar con nosotros por algunos asuntos que debía arreglar en *Proceso*. Gracias a eso observé a mi jefe trabajar. Lo hacía de manera eficaz. Parecía tener en la mente la foto o ilustración necesarias para cada tema contemplado. Escribía

los pies, los balazos, las cabezas en cuestión de minutos. Esa semana alternaba su ocupación de subdirector editorial adjunto con la de editor esa semana. Llegaba, veía la pantalla de la computadora, y si no le gustaba la imagen pedía modificaciones. Esto ocurría si tenía enfrente una foto o ilustración ordinaria, poco expresiva o sin relación con el tema correspondiente. Si se trataba de reducir texto, él mismo lo cortaba sin compasión y le quedaba justo. Todo lo hacía en esos ratos en los que se escapaba de su oficina. Apenas algo le gustaba decía "¡vámonos con eso!" o "¡va!". No era un hombre que dudara, sino que actuaba.

El semanario, nacido simultáneamente con el periódico, cuenta con su propio lema que lo define: "Información, reflexión y cultura política". Se compone de secciones fijas, como la columna invitada, el Enroque y la Cartelera. A ello se sumaban los textos de los reporteros y los artículos de temas de coyuntura tal como "Las dos caras del desarrollo", firmado por Amartya Sen y James D. Wolfensohn, premio Nobel de Economía y entonces presidente del Banco Mundial, respectivamente, publicado el 16 de mayo de 1999. Otro que recuerdo fue "Tenso agosto en Norirlanda", de Miguel Ángel Granados Chapa, aparecido el 14 de agosto de ese mismo año.

Un complemento de la propuesta temática era el área gráfica, a la que René ponía un especial cuidado. Desde las primeras juntas editoriales me percaté que a nuestro director le gustaba que los reportajes o entrevistas fueran acompañados de fotos, no de ilustraciones; si esto ocurría quedaba insatisfecho. Llegaba incluso a los regañíos contra el equipo de diseño. Su argumento era que cualquier reportaje daba material para contar con fotos de personajes o de sitios. En caso de no incluirse significaba que el texto era malo o los de diseño no habían hecho su tarea. Curiosamente, se sigue recurriendo a ilustraciones para los reportajes.

En cambio, los artículos se acompañaban con ilustraciones conceptuales realizadas por colaboradores exteriores de fuera o gente del Departamento de Ilustración del propio periódico, un grupo de empleados brillantes e imaginativos.

Desde la primera semana aprendí que el humor, publicado en la antepenúltima página, se hacía sobre acontecimientos políticos recientes, y podía consistir en una foto curiosa, con un título complementario; una secuencia de fotos graciosa; o un fotoarte de personajes políticos parodiando el más reciente estreno cinematográfico. Otro recurso eran los desplegados con un contenido absurdo, o los avisos de ocasión, relacionados con política. Estos procedimientos se empleaban en los casos en que no había elementos gráficos para hacer un chiste. Estaba prohibido hacer mofa de los defectos físicos o hacer caricaturas. René consideraba que ambos eran procedimientos que denotaban pobreza. No está de más decir que nuestro director prestaba igual atención a esta parte del semanario.

La penúltima página se destinaba a la Cartelera. Mi obligación consistía en cubrir un espacio de 7 mil 500 caracteres contenidos en una plana. Además de los eventos, mi deber era proponer las portadas de dos o tres libros, o una revista o disco para que se escanearan y se reprodujeran. Otro elemento gráfico de esta sección – destinada a la penúltima página– era una imagen insólita de algún político que los

fotógrafos del diario sugerían, y que a *Enfoque* le correspondía complementar con un pie de foto.

La portada del suplemento era un componente fundamental. En su elaboración participaban el equipo de diseño, el editor y René. Según lo que se decidiera en la junta editorial como tema principal del suplemento, se preparaba, que podía ser una foto o una ilustración. Cualquiera que fuera, se cuidaba al máximo. En el caso de una foto, la selección era minuciosa. Cuando se llegó a optar por una ilustración, en muchas ocasiones se le encargó –y se le encarga aún– a un artista externo. En ambos casos, se intenta relacionar el contenido y lo gráfico.

En mis primeras semanas de trabajo observé cómo René estaba al tanto de todo: de la portada, de los reportajes, de los artículos, del humor. Francamente me impresionó su nivel de actividad. Además recibía a políticos en su oficina, encabezaba las juntas, que siempre empezaban puntuales, y ¡ay de aquel que llegara tarde! Al mismo tiempo, prestaba atención a lo que nuestro editor Miguel de la Vega proponía, y la forma en que le exponía los temas, sus avances y cómo podía ser presentado en forma gráfica. Miguel, por su parte, no enfrentó problemas para adaptarse. Sin duda formaban una excelente mancuerna. Hay que decirlo. Con ambos fue un placer trabajar.

### **Mis primeros textos publicados**

El suplemento *Enfoque* tiene características diferentes al del resto de las secciones del periódico. De entrada es un semanario, especializado en política. Cada reportero tiene la oportunidad de profundizar en asuntos que pueden originarse en la noticia diaria. Otra ventana para ahondar es la propia exigencia del suplemento, reconocido por la calidad de sus materiales. Por ahí han colaborado personalidades como el ex presidente del Instituto Federal Electoral (IFE), José Woldenberg; el ex director de Prerrogativas y Partidos Políticos del IFE, Arturo Sánchez; Lorena Villavicencio, ex representante del PRD ante el IFE; Fidel Herrera Beltrán, diputado federal del PRI. De casa eran reporteros como Daniel Moreno, Arturo Cano y Roberto Zamarripa, experimentados en el manejo de asuntos electorales y de partidos políticos. Nuestro editor, Miguel de la Vega exigía antes que la anécdota, el dato duro. De esta manera, era obligado presentar historias con información estadística, documental, con más de dos fuentes y que fuera completamente veraz, comprobable, por supuesto, de interés general.

A diferencia de la nota diaria, donde se vive la presión por el día a día y la información se da por conferencias de prensa o entrevistas cortas, en el semanario el tiempo podía convertirse en un aliado para profundizar, rascarle a las declaraciones, boletines, informes, o incluso rumores. Debo decir que yo era un caso especial, pues carecía de experiencia previa, no tuve el fogueo de la nota diaria, que no debe soslayarse, ya que permite contacto con diferentes fuentes y el conocimiento del funcionamiento de distintas dependencias.

Por sus características, en *Enfoque* existe la oportunidad de practicar un periodismo que penetre mejor en las causas de los hechos, pero que requiere conocimientos especializados, o por lo menos, aventarse clavados a documentos para

encontrar el dato interesante. Asimismo, permite cruzar fuentes y tener más voces. Incluso en la redacción se puede asumir un estilo más desenfadado, aunque tal vez más riguroso, pues no se puede justificar un error por falta de tiempo para investigar. Muchos compañeros me lo comentaron: se podían trabajar más los reportajes.

Empecé con una entrevista. La oportunidad surgió cuando salió al mercado un disco con música y comerciales de 1968. Incluso llegó a mis manos y decidí incluirlo en la cartelera. Sólo eso se me ocurrió, con todo y que ese año se conmemoraba el trigésimo aniversario de la matanza del 2 de octubre.

René revisó la cartelera y me preguntó si no se me ocurría hacer algo sobre el disco. Le dije que no, porque el 2 de octubre ya había pasado. Me volvió a preguntar si no me daba curiosidad saber quiénes y por qué lo hicieron, cómo seleccionaron la música y qué pensaban del 68. A 30 años del acto, había claramente una coyuntura especial y eso lo convertía en un hecho periodístico. Me faltó visión para ver eso.

De entrada no imaginaba tener la oportunidad de publicar tan pronto. Pero tampoco tenía la costumbre de buscar temas en notas ya publicadas. Para mí una nota o información se agotaba en cuanto era publicada y su interés desaparecía. Pensaba que no era válido retomar algo ya conocido y no me daba cuenta que la gran mayoría de las noticias diarias no profundizaba y siempre dejaba interrogantes, lo que abría espacio para que un suplemento buscara respuestas.

Tal vez eso es algo que en las materias de Reportaje y Entrevista debe reforzarse. Si bien ahí se instruye al alumno en las técnicas para redactar en cada género, no recuerdo que se abordara cómo proponer temas, más allá de los archiconocidos de drogadicción, prostitución o contrabando, por poner algunos ejemplos.

Me despertó la curiosidad lo que René me dijo. Entonces él me encargó entrevistar a los responsables de esa recopilación. Fue mi primera comisión. Tenía la expectativa de comenzar a hacer textos míos para el sexto mes en la sección. No imaginé que a las tres semanas tendría ya esa posibilidad. Me acuerdo que me pidió un cuestionario, se lo enseñé, él me agregó varias preguntas y borró algunas otras. Con eso, me dediqué a buscarlos.

Encontrar a los productores no fue difícil. Cuando les planteé hacerles una entrevista, se mostraron encantados con la idea de explicar los motivos que los llevaron a realizar el disco.

Al regresar al periódico saqué la transcripción de la entrevista, que por cierto tardé en hacer, pues aunque venía del CIC, en dos años y medio capturé muy pocas. La verdad es que no tenía mucha práctica. Sacar la versión estenográfica puede convertirse en una tarea difícil y complicada, si quien hace la entrevista colocó mal su grabadora, si su dicción de dicha persona o su entrevistado es mala, o peor aun, si abordan un tema complejo.

Cuando los reporteros o editores nos enviaban sus cassettes para transcribirlos, yo los evitaba. Pero cuando comencé a hacer mis propias entrevistas, pagué ese error hasta que le agarré el modo.

Después elaboré una propuesta de texto, que René revisó y le encontró muchos errores: palabras repetidas, faltas de redacción y párrafos que podían reducirse. De un texto de alrededor de 10 mil caracteres quedó uno de tres mil: Se publicó en media plana del suplemento, verlo significó un gran orgullo para mí. Observar mi nombre me emocionó. Claro que me hubiera gustado que aparecieran mis dos apellidos, pero ver escrito “Marco Antonio Martínez” fue fantástico.

Mi primer reportaje fue sobre el graffiti, y me permitió ahondar sobre un tema del cual ya se había escrito mucho, pero hasta donde recuerdo eran textos que se centraban en una sola visión: la de los graffiteros, o la de las fuerzas del orden, o la de analistas culturales. Estos trabajos previamente publicados por otros compañeros tenían la limitante del espacio dentro del periódico.

Para ese encargo aproveché el formato del suplemento para incluir varias voces: desde vecinos perjudicados en sus fachadas, hasta autoridades capitalinas, pasando por supuesto, por quienes se dedican a este llamado arte callejero. Incluí datos del Sistema de Transporte Colectivo Metro, el cual padecía en sus instalaciones por esta manifestación urbana, y solicité información de las pérdidas que tenían registradas por ello.

Cito este reportaje porque al realizarlo tomé en cuenta algunas de las definiciones que aprendí en la Universidad. Una de ellas era la de Reportaje. Según recuerdo, el reportaje, además de informar, profundiza en la presentación de los datos al interesarse en comparar más fuentes, y preguntarse el porqué ocurrió ese hecho.

Debía contener entrevistas, o lo que es lo mismo, el mayor número de voces que lo enriqueciera, de afectados, de autoridades, de testigos; datos sobre la problemática en el ámbito local; una voz especializada del tema; descripciones de personajes y sitios. Finalmente, su redacción podía tener el estilo de la crónica, y dar la oportunidad al reportero de imprimirle su estilo personal. Todo esto se leía en mi texto.

Posteriormente, se me encomendó entrevistar al chofer de un autobús de transporte público que fue encarcelado. Su delito fue atropellar a una huelguista de la UNAM por accidente, cuando fue rodeado por una turba de estudiantes que intentó subir al vehículo. Nervioso, el hombre dio media vuelta al vehículo y mató a una estudiante. Su vida cambió en ese instante, y para mal. René me pidió hablar con él, para que me contara su versión. Los estudiantes pedían el máximo castigo para el conductor. Él alegaba inocencia.

Acudí a la ruta a la que pertenecía el encargado del volante, con el fin de que algún compañero suyo me ayudara a contactar a los parientes. Me costó trabajo, pero pude llamar por teléfono a su esposa, que le comunicó mi interés por entrevistarlo. Él aceptó y me incluyó en la lista de conocidos que podían verlo. Así fue como por



primera vez visité un reclusorio. Se trataba del Norte, ubicado en la delegación Gustavo A. Madero, por la colonia Cuauhtepac. Siempre lo había evitado, incluso cuando un pariente tuvo la desgracia de caer ahí. Ahora se trataba de hacerlo por mi trabajo.

Recuerdo que acudí un sábado. Fue una experiencia durísima. Primero debí pasar el área de registro. Desde ahí sentí a los policías como personas rudas, corruptas y mal educadas. Definitivamente ahí uno está en sus manos. Al terminar el control por fin pude pasar. Lo hice solo y al caminar por los pasillos me crucé con algunos reos que se ofrecían a guiarme a cambio de algunas monedas. No me detuve y seguí mi camino rumbo al lugar al que los policías me dijeron podía encontrar al chofer. Antes de llegar atravesé una puerta que me conduciría al patio. Ahí un preso me pidió una moneda. Rápidamente accedí, ya que sentí miedo al verle los ojos con la pupila dilatada y una actitud desinhibida. No me cupo duda de que estaba drogado, al igual que otros reclusos que pasaban a mi lado y a quienes veía con una mano a la altura de la nariz: era obvio que inhalaban cemento.

Al llegar al patio, en un recorrido que se me hizo larguísimo, me encontré con el conductor. El sitio estaba lleno de escupitajos y por las coladeras se colaba un olor espantoso a drenaje. Sin grabadora, hablé con ese hombre desesperado por salir de ahí, quien para colmo de males en su primer día en esa ruta tuvo ese desafortunado accidente. Todo lo que me contó lo memoricé, pues tampoco metí libreta alguna, por ir en plan de “familiar” y no de reportero.

Al salir, aprecié mi libertad como nunca.

Ese texto incluyó voces de compañeros de la estudiante accidentada, y el testimonio del chofer. El material fue muy bien recibido. A mí me gustó hacerlo, pero visitar la cárcel fue una experiencia dura e inolvidable.

No fue la única vez que visité un centro de control social. Al hacer un trabajo del Frente Popular Francisco Villa debía contar con la opinión de uno de sus líderes, Alejandro López, que se encontraba encarcelado, acusado de asesinato en el reclusorio Oriente. Repetí el truco, pero no dejé de sentir nervios e imaginar que me descubrían y me quedaba ahí, preso, a merced de los reclusos.

Otro reportaje singular fue el que escribí sobre la compra de documentos falsos. Se llamó El hombre que nunca existió. Adopté para ello una personalidad falsa, y por tres semanas me llamé Artemio Cruz Fuentes. El nombre lo tomé de la novela La muerte de Artemio Cruz, de Carlos Fuentes. Esta decisión fue tomada por el editor Miguel de la Vega, como muestra de admiración al gran escritor mexicano, pero también con la intención de crear un personaje con todo y un nombre ligado a lo mejor de la literatura nacional.

Hasta donde tuve conocimiento, el ex embajador de México en Francia, dio su anuencia para usar ese nombre. Inventé que Cruz Fuentes, o sea yo, había nacido en Oaxaca, y para que nadie me reconociera hasta me rasuré barba y bigote. El objetivo era demostrar la facilidad con que se podían obtener un acta de nacimiento, una cartilla

militar, un título de licenciatura y un acta de defunción. Los documentos los compré bajo ese nombre en Santo Domingo y en el Registro Civil. Recuerdo que mi mayor preocupación era ser descubierto o que alguien notara mis nervios.

Un hecho que puso en peligro al reportaje y sobre todo a mí fue que antes de contactar a quienes me consiguieron los documentos, había negociado con otros. Cuando acudí a recogerlos, según lo acordado, previo pago de dos mil 500 pesos, descubrí que la policía se los había llevado después de un operativo. Obviamente ese dinero –que *Reforma* erogó– se perdió. Cometí otro error cuando otros falsificadores de títulos profesionales me pidieron mi teléfono y les di el del periódico.

Ambos sucesos derivaron en que el día que pasé a que me entregaran mi título de licenciado, cerca de Santo Domingo, debí ir acompañado de un diseñador, para que él estuviera pendiente de que no pasara nada en la última operación. Yo temía que los falsificadores me descubrieran y como consecuencia me dieran una golpiza. No obstante, cuando me reuní con ellos tuve el aplomo de preguntarles si falsificaban documentos de cualquier institución educativa y cuál era la más difícil de imitar. Respondieron que prácticamente eran capaces de copiar cualquier documento, pero el que les costaba mayor trabajo era el de El Colegio Holandés. Obviamente la información la usé en mi reportaje.

El resultado fue muy bueno, fue incluido en la portada del diario y recibió varios elogios. Por un tiempo en lugar de dirigirse a mí por mi nombre, me llamaban Artemio.

No fueron los únicos trabajos que desempeñé, pero con esos había aprendido más. Mientras los hacía, continuaba como auxiliar. Después me convertí en reportero titular y entonces vinieron otros retos.

### **CAPÍTULO III**

#### **La necesidad del periodismo de investigación**

Hace algunos años, cuando aún era estudiante una amiga me comentó que iba a hacer su tesis sobre el periodismo de investigación. Le comenté que su tema parecía una redundancia, pues de entrada ejercer el periodismo era investigar. Ella me replicó con el argumento de que el periodismo de investigación era una técnica, y buscaba demostrar que en México apenas se aplicaba. Al mismo tiempo su intención era mostrar su utilidad. Me contaba que el término era creación de los estadounidenses. Su práctica se remontaba a muchos años atrás en nuestro vecino del norte, pero aquí apenas se conocía. No quedé muy convencido con su explicación. Para mí, periodismo era sinónimo de investigación.

Más adelante, un maestro nos dejó de tarea leer un texto sobre periodismo de investigación. Lo leímos, pero nunca discutimos si éste se usaba en México. La verdad es que ni siquiera teníamos idea cómo se hacía el periodismo en México. Sabíamos que había nota informativa, entrevista, crónica, reportaje. Pero que yo recuerde, nadie nos explicó que para cubrir la nota diaria formaba una agenda el jefe de información. Para esos reporteros el ritmo de trabajo se tornaba vertiginoso y no podían profundizar en muchos datos con los que trabajaban a diario.

En cambio, para quienes se dedicaran al reportaje o a materiales más profundos el método era diferente. Este tema no recuerdo que lo discutiéramos en clase. Y tal vez a eso se refería mi amiga con el famoso periodismo de investigación.

#### **La información detrás de cada trabajo**

¿Cómo podía ser empleada la investigación para una entrevista? ¿Qué había que averiguar, si ya contaba con el personaje a entrevistar?

Estas preguntas me las planteé cuando se me encomendó en junio de 1999 entrevistar a Jesús Silva Herzog-Flores. Se trataba de conversar con el ex secretario de Hacienda en el sexenio de Miguel de la Madrid, y ex embajador de México ante Estados Unidos durante la presidencia de Carlos Salinas de Gortari.

El ex funcionario, de militancia priísta, se apuntó como aspirante a la candidatura del PRI a jefe de gobierno del Distrito Federal en las elecciones de 2000. Este hecho era mi coyuntura, es decir, lo que daba interés actual a una conversación con el llamado “Diamante negro”. En periodismo no se pueden abordar temas arbitrariamente, sino que se deben abordar aquellos que son de actualidad o predominan en las discusiones de los lectores.

Estos asuntos son puestos por los actores políticos ya sea mediante sus declaraciones o sus pugnas y escándalos entre ellos. También es posible aprovechar las tendencias de comportamiento entre la sociedad, o finalmente los aniversarios o

fechas de informes sobre instituciones políticas, para reactivar discusiones o proponer visiones nuevas sobre materiales ya explorados. Hay espacio para nuevos temas sólo en caso de que estos sean de interés general. En este caso en particular, la coyuntura se daba a partir de que el político había anunciado recientemente sus intenciones de postularse y eso me serviría para hacerle preguntas también sobre su trayectoria.

El primer paso fue conseguir su número telefónico. La segunda dificultad, hablar con él para pedirle la entrevista, ya que era muy escurridizo. Cuando por fin lo hallé en su casa, Silva-Hérez no mostró mucho interés, pero al insistirle, aceptó. Amarré una cita y llegó la tercera dificultad: la de armar un buen cuestionario. Incluí preguntas generales sobre su interés en la candidatura, sus principales propuestas, la opinión que tenía de sus rivales, y los problemas que encontró en el camino para convertirse en el representante del PRI. La entrevista la concerté para un viernes. Le avisé a mi editor, Miguel de la Vega, no así a mi director, René Delgado.

Mis preguntas las preparé el lunes. Ese día, al filo de las 22:00 horas, entré a la oficina de René y le entregué de manera impresa mi propuesta. Él me pidió sentarme. Lo hice y él comenzó a leerla. Al terminar, estalló. Estaba furioso. Me dijo que ese cuestionario no servía. Me preguntó si sabía quién era Silva-Hérez. Le respondí que sí. Me pidió enumerarle los cargos que había ocupado. “¡Chin, esto se ha convertido en un examen!”, pensé asustado. Salí reprobado. Apenas conocía algunos rasgos generales del ex secretario de Estado cuando sonaba como sucesor de Miguel de la Madrid.

Desconocía que el ex titular de Hacienda fue un férreo defensor de la austeridad económica, postura que cambió al final del sexenio, cuando vio que tenía posibilidades de ser “el tapado”. Ignoraba que casi fue expulsado del PRI, por mostrarse rebelde y crítico frente al gobierno. Tampoco sabía que como embajador su papel careció de discreción, contrario a lo que marcan las reglas de conducta para los representantes diplomáticos.

René me reclamó que no cuestionara su falta de experiencia en cargos de elección popular, y que llegara postulado por el partido al que muchas veces había criticado.

Me pidió reelaborar mis preguntas y hacerlo esa misma noche, ya que la cita la tenía concertada para el siguiente día. Me advirtió que si la entrevista se me salía de control, me iría muy mal. “Siempre debes tener el control de la entrevista. Silva-Hérez es muy hábil y te envuelve”. O la conversación salía bien, o me suspendía, me anunció.

Pero eso no era todo. También se encontraba molesto porque dejé pasar mucho tiempo sin que él supiera que el personaje sería entrevistado. Hasta Miguel de la Vega salió regañado, aunque el único culpable era yo. Lo peor es que la única

razón por la que no le avisé a René era porque no me atrevía a interrumpirlo.

Salí de la oficina hecho polvo. Presionado, me puse a buscar cualquier información de mi futuro entrevistado. Miguel me dio algunos datos. Conseguí otros en el Centro de Información del periódico, donde incluso me prestaron un disco de la revista *Proceso*, donde encontré material que me sería de mucha utilidad.

En hora y media descubrí la rica trayectoria de Silva-Hérez y comprendí el motivo del disgusto de René. El ex funcionario se había caracterizado por sus altibajos, sus contradicciones, sus actitudes polémicas, que yo simplemente desconocía.

Al filo de la medianoche René tomó su saco, algunos periódicos y salió de su oficina. Se veía más relajado. Significaba que se retiraba a su casa. Yo ni siquiera tenía cara para verlo. Pero pasó por mi lugar y tampoco le iba a rehuir. Se acercó y me ofreció una disculpa por la intensidad de su regaño. Me pidió no “caerme” –no deprimirme– y echarle más ganas. De mi parte no había problema y aceptaba mi error, le expresé. Sonriente, se fue. Pero yo ya estaba sobre aviso, con la adrenalina a flor de piel. Le mostré el cuestionario a Miguel de la Vega, lo vio mejorado, le añadió algunas preguntas y me deseó suerte.

Al siguiente día acudí a casa del candidato. Me sentía mejor preparado, y con determinación para hacer un buen trabajo. Pero cuál sería mi sorpresa cuando al tocar la puerta del domicilio, me atendió un empleado, me preguntó mi nombre y el asunto de mi interés. Se retiró, volvió y me dijo que el señor Silva-Hérez no podía recibirme. Esa respuesta me indignó, sobre todo porque oí cómo el priísta le expresó a su empleado su molestia por mi presencia y le pidió despacharme con cualquier pretexto. Me pareció una actitud poco seria que además ponía en riesgo mi chamba. Le dije al empleado, en voz muy alta, que el señor ya había hecho un compromiso y no podía faltar a él, y añadí que por un cambio de opinión yo no iba a poner en riesgo mi trabajo. El joven que me atendió, sorprendido, ya iba a pasarle ese mensaje al ex funcionario, cuando éste gritó, resignado: “¡Déjalo pasar!”.

Así fue como hice una entrevista en la cual me jugaba mi pellejo. Estuve alerta a cualquier seña, frase y abordé el pasado del personaje sin perderme, gracias a la información obtenida la noche anterior. Al terminar la plática, me dirigí al periódico, saqué la transcripción, redacté la entrevista y en la noche de ese martes se la entregué a René. No la leyó, sino que se la llevó a su casa. Me dijo que hasta el siguiente día me diría si le gustó o no.

El miércoles René no me dijo nada. Yo era un manojito de miedos. Pero, como a las 14:00 horas, Ernesto, el jefe de diseño, me pidió enviarle la entrevista. Eso significaba que contaba con el visto bueno de René. ¡Uff! Ese día la libré.

Esta anécdota sirve para decir que fuera entrevista o reportaje para *Enfoque*, siempre debía contar con un contexto, una investigación que no se limitara a la información actual. En el caso particular del personaje citado, sin esa indagación, la entrevista sólo hubiera retratado a un aspirante a un cargo, no a un político con toda una historia por detrás.

Al tratarse de reportajes, enfrenté otro tipo de dificultades. Una de ellas fue carecer de fuentes especializadas que me proporcionaran información tanto testimonial como documental. En mi caso era una desventaja el no haber tenido experiencia previa en la nota diaria, donde los reporteros, al tener contacto con legisladores, académicos, representantes de organizaciones no gubernamentales, autoridades electorales, encargados de comunicación social, podían hacerse de fuentes que les ayudaran a conseguir datos útiles.

Cuando recibía algún encargo, debía buscar quién me proporcionara explicaciones o análisis de los temas. Aunque fueron pocos los trabajos donde me atoré por carecer de una fuente, admito que tenía el defecto de la tardanza para conseguirlos. Además, en los primeros meses carecí de la visión para darme cuenta de que como encargado de la cartelera y auxiliar en planas editoriales, podía tener acceso a generadores de información.

Para elaborar la cartelera debía contactar con casas editoriales, instituciones académicas, áreas de difusión cultural de dependencias y con organizaciones no gubernamentales (ONGs). Cada una podía originar material que podía ser explotado en el suplemento, y eran fuente potencial de información. Por ejemplo las ONGs especializadas en temas de derechos humanos, defensa ambiental o violencia contra la mujer, podían ser el origen de un próximo reportaje. Claro que en los documentos promovidos los datos no están a la mano, sino que hay que buscarlos, y eso implica leer párrafos aburridos, plagados de tecnicismos o detalles jurídicos casi ininteligibles, pero que pueden contener cifras, domicilios, número de contratos o nombres de personajes muy útiles para una investigación.

Lo mismo se puede decir de las instituciones académicas, con sus boletines o informes donde difunden sus estudios de tendencias, de encuestas y donde es posible encontrar a especialistas en temas como ciencia política, seguridad nacional, elecciones, derechos humanos o historia.

Las áreas de difusión cultural o de comunicación social, a pesar del desprestigio que sufren, ya que son las encargadas de cuidar a sus representados, ofrecen la oportunidad de conocer gente con la cual, si se establece una buena relación, se puede obtener información provechosa, consejos para reportear o son útiles para rastrear documentos de difícil acceso. Adicional a estas ventajas, esos funcionarios, con los cambios de administración, sufren una rotación y pasan a otras dependencias de mayor importancia, y entonces se convierten en fuentes importantísimas, en tanto se haya cultivado una buena relación.

Para comenzar a hacerme de fuentes aproveché cada trabajo que me encargaba René y anotaba los números telefónicos de legisladores o funcionarios con quienes charlaba. Sin embargo no pasaba de anotar los contactos. No los ordenaba ni los frecuentaba. En un principio no lo consideré necesario. Si bien en la escuela se habla de las fuentes como quienes sustentan nuestra información, hasta donde recuerdo no se nos enseñó a cultivarlas, valorarlas ni cuidarlas. Tampoco a respetarlas cuando prefieren hablar desde el anonimato. Hay que citarlas correctamente.

Asimismo, faltó instruirnos sobre el hecho de que hay que analizar sus dichos, porque si bien la relación entre fuentes y reporteros es de utilización mutua, a veces este trato se vuelve desequilibrado. Suele ocurrir que fuentes que en el pasado resultaron confiables, a veces dan información falsa, ya sea por equivocación, porque han sido engañados o simplemente por falta de escrúpulos. Con ello pueden arrastrar al más serio de los reporteros. Pero incluso cuando las fuentes a veces fallan en sus chismes, tampoco hay que relegarlas, ya que llega a ocurrir que lo más increíble termine siendo cierto. Lo que quiero decir es que siempre hay que escucharlas con reservas, aunque con escepticismo. Siempre.

El contacto con las fuentes debe sistematizarse para tener a la mano sus datos. Durante mis primeros trabajos no coleccionaba los números telefónicos que conseguía, pero al medio año adquirí una agenda para ello. Al principio me costó trabajo acostumbrarme a registrar cada uno. Sólo con el paso del tiempo desarrollé la disciplina de guardarlos, práctica muy útil, ya que es común recurrir a antiguos informantes.

Otra destreza que adquirí fue la de pedir a cada fuente todos sus números telefónicos, desde el de la oficina, hasta el doméstico y el celular. Esto lo hice a sugerencia de mi editor Miguel de la Vega. Gracias a esta práctica podía localizarlos para consultarlos en fin de semana, en vacaciones, o lo más común, por las noches. Recuerdo que al principio sentía pena al pedirles sus datos, se me hacía un abuso de mi parte. De hecho a lo largo de mi trayectoria muchos se han negado a darme su número de celular o el de su domicilio. Pero también me percaté que el modo de pedirselos ayuda para conseguirlos. Por ejemplo, si lo pido en un tono inocente, casual, como si fuera cualquier cosa, lo obtengo. Y si no me lo dan, procuro no molestarme. Al ver esta reacción, ellos bajan su cortina de acero y me lo proporcionan.

Además de los contactos que iba sumando y los boletines, otra veta informativa para proponer temas surgían del propio periódico, ya fueran las secciones diarias, otros suplementos o el propio *Enfoque*. En mis primeros meses como auxiliar no acostumbraba leer más que *Reforma*. Con el tiempo me impuse la obligación de hojear otros periódicos, y además hacerlo los fines de semana, aunque yo descansara. Los sábados y domingos son días de columnas políticas y si uno

repara atentamente esas secciones, son otra fuente potencial de datos. Entonces decidí que no debían faltar entre mis lecturas *La Jornada*, *Milenio* y *El Universal*. Por supuesto que nunca alcanzo a revisarlos por completo, pero sí trato de echarles una ojeada con h o sin h.

### **¿Qué es el periodismo de investigación?**

Sabía que dentro de *Enfoque* se elaboraba un periodismo de alto nivel. Eso implicaba la dificultad de cómo conseguir la información. Tenía claro que el trabajo debía ser abordado con técnicas que iban más allá de acudir a conferencias, ruedas de prensa y boletines.

A la distancia, pienso que desde que comencé a reportear practiqué eso que a algunos les parece tan redundante, el llamado periodismo de investigación. El periodismo es investigación, dicen los críticos de esta corriente. Pero quienes defienden el término dicen que se trata de hacer una investigación más profunda, documental, seria, rigurosa, con diversas fuentes. Es claro que en las notas diarias este tipo de indagación se complica, pero se facilita cuando se cuenta con mayor tiempo de elaboración.

Es importante decir que esta corriente del periodismo se vio impulsada en los años setenta después del caso Watergate, que lanzó a la fama a los periodistas del *Washington Post* Bob Woodward y Carl Bernstein, quienes en dos años de indagaciones descubrieron operaciones de espionaje contra el Partido Demócrata orquestadas desde la presidencia y que le costaron el puesto a Richard Nixon. El origen de ese trabajo fue una nota casi perdida. Los resultados han sido usados por los defensores del periodismo de investigación como una muestra de su utilidad.

Según David Randall, en su obra *El periodista universal*, la singularidad del periodismo de investigación radica en realizar investigaciones originales, "utilizando muchas veces materiales en bruto. Se puede llevar a cabo mediante una amplia serie de entrevistas, o bien cotejando datos y cifras. En muchas ocasiones, los frutos y la originalidad de la investigación se deben al descubrimiento de unas pautas o conexiones que nadie había observado con anterioridad"<sup>1</sup>.

El periodista inglés dice que los boletines oficiales, de organizaciones no gubernamentales, informes de dependencias e incluso las notas de los periódicos pequeños pueden contener filones de informaciones útiles como punto de partida para reportajes. Estoy de acuerdo con Randall.

### **La utilidad del periodismo de investigación en *Enfoque***

Los primeros materiales que elaboré en el suplemento eran entrevistas o recuentos. A veces consultaba el banco de información que posee el periódico, para complementar

---

<sup>1</sup> Randall, David. *El periodista universal*, España, Siglo Veintiuno de España Editores, 1999, p. 100.



el material final. Lo difícil era conseguir a la fuente que hablara de equis tema u obtener la fecha de la nota que publicaba información que me serviría para mis textos.

Mientras estuve encargado de la cartelera, me llegaban muchos documentos de organismos reconocidos. Uno de ellos fue el Informe sobre Desarrollo Humano 1999. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Lo incluí como una publicación novedosa en la cartelera y, después, en un rato libre, aproveché para leerlo detenidamente y observé que en el ranking mundial, México aparecía rezagado a escala mundial.

Con base en esa lectura, propuse el tema, e hice énfasis en que estaban cercanas las fiestas septembrinas, relacionadas con la Independencia de México. A René le gustó la propuesta y me pidió complementar la información con otros estudios. Con ayuda de mi editor y de Jorge Arturo Padilla, ex compañero, conseguí el documento *México Social. Banamex Accival*, el *Anuario estadístico 1998. UNESCO; Publishing & Berman Press; Estudios Económicos de la OCDE 1999. México. OCDE* y además consulté el Centro de Información del propio periódico.

Al final el trabajo quedó sólo como una lista de rubros, que no necesariamente estaban relacionados, lo que conformaba un material difuso. Iban desde el lugar que México ocupaba como facilitador de créditos, hasta población enferma de sida. Parecía desordenado y a René no le gustó tanto el texto final, pero decidió publicarlo. Personalmente yo considero que a ese trabajo le faltó ser complementado con el análisis de algún especialista, o un comparativo elaborado por mí entre las cifras alegres que siempre tiene el gobierno a la mano, y la información que se desprendía del documento. Como no lo hice, el contenido quedó como un cuadro estadístico grandote.

En julio de 1999, recibí el encargo de hacer un perfil de los principales líderes del movimiento de huelga en la UNAM. No fue nada sencillo, ya que la cobertura informativa era muy amplia tanto de otros medios como del propio *Reforma*. De hecho realizar los perfiles se complicó porque algunos ya habían sido elaborados, y para hacer algo novedoso se requería más tiempo del que tenía como límite para entregar. Fue por ello que propuse reflejar las asambleas caóticas y autoritarias de los estudiantes. El reto era contar algo distinto.

Para cumplir mi objetivo, leí lo más que pude del tema, y acudí a varias asambleas para conocer su mecánica. Cuando por fin decidí relatar una, opté por la que se anunciaba como larga y conflictiva. Fue una crónica de una sesión sin acuerdos desarrollada a grito pelado.

La historia se complementaba con el testimonio de una huelguista, el cual resultó difícil de conseguir. Resulta de que a pesar de que pasé varias noches con los jóvenes inconformes, pocos se mostraban dispuestos a abrirse conmigo. Todos

desconfiaban porque tachaban a *Reforma* de ser un diario de la derecha. Sentían que había línea editorial contra ellos, porque según ellos el periódico sólo se concentraba en sus actos violentos y no presentaba sus demandas, alegaban. Aunque yo no lo veía así, me deslindaba del diario y les explicaba que *Enfoque* intentaba presentar una visión que incluyera todas las voces. Me costó trabajo convencer a una huelguista para que me diera una declaración. En entrevista expresó su admiración por el ex dictador alemán Adolfo Hitler. Esa confesión la consideré “normal” en alguien que se definía como “radical”, no la valoré y la incluí sin destacarla.

Roberto Zamarripa, jefe de información de Nacional y ex editor del suplemento leyó la crónica e inmediatamente le comentó a René que esa declaración debía ser la entrada de la nota. Pero era muy tarde para cambiarle el ángulo y se optó por mantenerla así.

El texto fue recibido medianamente bien, aunque su mayor mérito, me comentaron algunos conocidos, era haber sido escrito como un reportaje de sitio. A pesar de eso, sé que una mejor investigación sobre movimientos sociales me hubiera permitido darme cuenta que el movimiento tenía mucho de autoritario e intolerante, y entonces mi trabajo podría haber brillado más.

Una propuesta que hice cuyo resultado me dejó insatisfecho fue una sobre la inutilidad de la actual Constitución. Aproveché dos cosas: la publicación de un libro de Isaac Katz, sobre la Carta Magna, y la proximidad del aniversario de la firma del constituyente. Entrevisté al investigador del Instituto Tecnológico Autónomo de México, hice un cuadro de sus principales propuestas y un recuento de otros proyectos de confeccionar una nueva Constitución. Aunque el tema se convirtió en portada del suplemento el 30 de enero de 2000, no generó el debate que yo esperaba. Pienso que se debió en parte a que no investigué cuáles eran las iniciativas del Poder Legislativo en la materia, ni su opinión sobre el libro de Katz.

El año 2000 se caracterizó por privilegiar la agenda electoral y prácticamente nuestras órdenes de trabajo consistían en reaccionar a los temas generados en la sección *Nacional*. En mi caso, fueron pocos los trabajos de investigación exhaustiva los que realicé ese año.

En mayo de 2001 aproveché el inicio del programa de Atención a Adultos Mayores por parte del GDF y elaboré un texto sobre las ventajas y desventajas que implicaba. Fue una tarea que me encargó mi editor, Marco Antonio Gonsen, quien llegó en lugar de Miguel de la Vega cuando éste pasó a ser coordinador de Información de la sección Nacional.

Ese trabajo incluyó entrevistas con beneficiarios del programa, trabajadoras sociales, quienes tenían prohibido explicar su labor. También hablé con la secretaria de Salud del GDF, Assa Cristina Laurell y con especialistas en programas sociales para conocer su opinión. Las autoridades me ayudaron a contactar a viejitos inscritos

en su padrón, pero lo complicado fue hablar con gente excluida de esa lista. Para ello acudí a diferentes centros de salud, donde se inscribían. Deseaba contar con diferentes testimonios. Me costó tanto tiempo hacerlo, –tres semanas– que mi editor me urgía a apurarme, antes de que algunos de mis entrevistados se murieran. ¡Já! ¡Qué chistoso!, pensé.

Para que el trabajo no quedara como los testimonios de viejitos satisfechos por su pensión, ni el alarde del GDF por este logro, había que buscar un ángulo interesante. Miguel de la Vega me ayudó a clarificarlo: se trataba de aquellos que estaban inscritos, pero en la lista de espera, que sumaban 40 mil personas. Gracias a ese dato, el reportaje alcanzó un lugar en la portada de *Reforma*. Era una cifra a la que llegué a fuerza de investigar. Curiosamente, ya había sido publicada, pero no destacada.

El resultado final fue gráficamente satisfactorio porque incluía fotos de beneficiarios tomadas por Roberto Rodríguez, un estupendo fotógrafo. En cambio, el contenido escrito pudo ser mejor. Si bien revelaba el número de miembros de la tercera edad a la espera de sus 700 pesos mensuales, no era concluyente en la evaluación de la aplicación del programa, según me comentaron algunas personas.

Nuevamente, presionado por las prisas de mis jefes y mi propia inexperiencia en el tema, al trabajo le faltó el último aliento para quedar redondo. Otro elemento que pesó en contra y que no reflejé adecuadamente, fue la poca transparencia del GDF. Nunca me permitieron acceso a su padrón, y tenían –y tienen– prohibido hablar a sus trabajadoras sociales, encargadas de visitar e inscribir a los viejitos. Claro que si en ese entonces hubiera contado con mejores técnicas de investigación, mi información habría sido más profunda. Con todo, no le faltaron las estadísticas, los testimonios y las opiniones.

Pero en medio de esos encargos tan interesantes se cruzaban una y otra vez las cuestiones electorales. En esta materia, el semanario se distinguía desde sus orígenes. Ya fuera por medio de entrevistas a candidatos, reportajes sobre estrategias electorales, reformas al Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales, crónicas de jornadas electorales, el suplemento era –y es– una referencia en la materia. Yo había hecho algunos reportajes de este tipo, pero debo reconocerlo, no era un especialista, y cada vez que me encargaban algo, me costaba mucho sacarlo adelante.

Era 2001 y ya había sorteado el año que el PRI perdió el poder, o sea 2000, y en esa circunstancia, nunca imaginé que un reportaje electoral cambiaría mi vida laboral. Eso ocurrió cuando llegó el encargo de investigar al Partido de la Sociedad Nacionalista. Casi me cuesta el puesto, pero también representó la primera nota principal del periódico firmada por mí. A partir de ese material, mis investigaciones se volvieron más rigurosas.

## CAPÍTULO IV

### El PSN, un tormento glorioso

El martes 10 de julio de 2001, al regresar de una cita, encontré un documento sobre mi escritorio de *Reforma*. A dos años y medio de empezar a laborar en *Enfoque*, hasta ese momento mi producción eran 109 materiales. Había hecho entrevistas, recuentos, algunos reportajes, casi todos relacionados con temas políticos.

Aquella tarde, sin saberlo, estaba frente al mayor reto. No tenía idea de quién me lo había dejado. Aunque a veces encontraba libros o faxes para mí, no era común encontrar documentos, y menos de 31 hojas.

Comencé a revisarlo. Era un informe del Instituto Electoral del Distrito Federal sobre el Partido de la Sociedad Nacionalista (PSN). Le di una leída superficial, pero no le vi posibilidades informativas ni encontré interés en esos papeles. Lo subestimé. Además, ¿quién conocía al PSN?

Ya había tenido un acercamiento con el PSN. De hecho el 23 de enero de 2000 publiqué un artículo titulado La vieja historia de los nuevos partidos. En esa ocasión me encargaron un trabajo sobre las organizaciones que obtuvieron su registro como partidos ante el Instituto Federal Electoral en 1999. Entrevisté a los líderes de cada partido, y puse una ficha de sus datos. Algo sencillo y cumplidor.

En el caso del presidente de la Sociedad Nacionalista, Gustavo Riojas, lo recordaba como un hombre amable, que al término de la entrevista para aquel trabajo, me invitó a seguir la plática otro día. Le dije “cuando quiera”, pero sólo lo hice como un mero formalismo y no le di seguimiento. Volvimos a reunirnos hasta mayo de 2001, cuando hice un trabajo llamado Política en familia. Se trataba de demostrar que los mismos partidos estaban integrados por familiares de los dirigentes. Esa hipótesis me pareció forzada, ya que en el caso de Convergencia no se cumplía, -aunque el partido era el club de amigos de Dante Delgado, su presidente- con lo que no profundicé en mi investigación y volví a hacer un texto mediocre.

Con esos antecedentes es fácil entender que cuando vi el documento no imaginé que fuera para mí. Deduje que alguien se había equivocado y lo había dejado ahí por error. Pero no descarté que regresaran por él y lo coloqué en mi escritorio. Luego me dediqué a hacer otras cosas.

Pasaron 15 minutos de esto cuando pasó René Delgado por mi lugar. Se acercó y me pidió acompañarlo a su oficina, ubicada casi enfrente de mi escritorio. Si el director del suplemento quería que platicáramos en su oficina, eso significaba que me plantearía un asunto donde tenía particular interés, que inmediatamente relacioné con el documento del PSN. Debo decir que yo por mi parte no lo veía, pero sí sabía que René es un periodista estricto, exigente y profesional, y posee un formidable ojo periodístico. Supuse que vio algo que yo no vi en el informe. Apenas pensé eso, me sentí nervioso.

Ya dentro de su oficina, René me preguntó si ya había visto el documento. Le

respondí que sí, pero ignoraba para qué serviría. Me explicó de qué se trataba. Era un informe de una revisión de gastos sobre el Partido de la Sociedad Nacionalista. Me pidió investigar todo del partido: el total de las prerrogativas económicas recibidas por el Instituto Federal Electoral; cuál era el monto de las multas por irregularidades acumulado hasta esa fecha; el número de militantes con que contaba; quiénes formaban parte de su Comité Ejecutivo Nacional; sus resultados electorales conseguidos a nivel federal y estatal en sus dos años de historia. Asimismo, me pidió las fechas en que se reunió por última vez su Comité Ejecutivo Nacional, su Consejo Nacional y su Asamblea Nacional. Describir en qué consistían sus oficinas, cuánto pagaban de renta y cuántos trabajadores tenían a su servicio.

Me pidió averiguar cuántos y quiénes eran sus legisladores; su desempeño legislativo; cuáles eran las propiedades del líder del partido, dónde estaban sus casas y en qué vehículos se transportaban Gustavo Riojas y sus familiares. Sobre el líder fue muy enfático: había que "cazarlo" e investigar a qué se dedicaba. "Quiero dato duro, quiero un reportaje, no declaraciones. No quiero ver a nadie declarar", me advirtió.

Me preguntó si sabía con quién acudir para obtener la información. Yo estaba nervioso. No tenía idea de cómo desarrollar el reportaje, ni cómo conseguir la información. Le dije que debía ir al IEDF y al IFE. "¿Pero sabes con quién?". Antes de que contestara me pidió ir con Eduardo Huchim, presidente de la Comisión de Fiscalización del IEDF. También me sugirió ir con Víctor Avilés, director de Comunicación Social del IFE, para que me ayudara a hacer una compulsión de documentos de proveedores del partido. "¿Sabes qué es una compulsión?". Contesté que sí, pero francamente no sabía. Supongo que mi mentira fue muy mala porque me explicó de qué se trataba. "Se trata de cotejar los documentos con facturas, revisarlos", me dijo.

Respecto a las propiedades me pidió ir al Registro Público de la Propiedad para conseguir los datos. Y fue muy claro en advertirme que no debía buscar a Riojas. Me dio hasta el viernes para darle un adelanto y dos semanas para concluir el trabajo. Me enfatizó que día a día le contara cómo iba y si tenía dudas, se las planteara. Sentí que estaba ante un reto enorme que no sabía cómo resolver. Pero tenía un punto de partida: un informe electoral, que por cierto, cualquier reportero podía conseguir, pues era información pública.

### **Tras las pistas del PSN**

Una etapa de la investigación consistió en obtener información hemerográfica sobre el Partido de la Sociedad Nacionalista. Encontré lo que *Reforma* había publicado de ellos. Desde 1994 hasta el 10 de julio de 2001 sumaban 306 notas que mencionaban al partido y 81 hacían referencia a Gustavo Riojas Santana, que aparte de ser su presidente nacional, era el representante ante el IFE e IEDF y uno de sus tres diputados federales.

Las notas sobre el PSN abarcaban desde el primer intento de la organización por constituirse como partido en 1996. Su fracaso en ese entonces, hasta su posterior salto como agrupación política nacional en 1997. Más adelante intentaron por segunda vez

convertirse en partido, objetivo que alcanzaron en julio de 1999. Ya por aquel tiempo se suscitaron rumores de que habían regalado despensas a cambio de afiliaciones.

A finales de 1999 ganaron espacios por buscar, junto con los partidos Acción Nacional, de la Revolución Democrática, del Trabajo, Verde Ecologista, Centro Democrático, Alianza Social y Convergencia, formar una alianza electoral rumbo a las elecciones presidenciales del 2 de julio de 2000. El proyecto no se concretó, pero sirvió para conformar la llamada Alianza por México entre PRD, PT, PSN, PAS y Convergencia, firmada el 27 de noviembre de ese año, cuyo candidato fue Cuauhtémoc Cárdenas.

Dicho pacto les generó aparecer en más notas, aun cuando no pasaran de ser mencionados. Después de celebrarse las elecciones del 2 de julio de 2000 se recogieron los frutos de la Alianza; el PSN alcanzó tres curules en San Lázaro. Como legisladores, los Riojas lograron poca atención periodística, debido a que su trabajo legislativo nunca destacó. Ni siquiera pudieron formar una fracción legislativa, al carecer de por lo menos cinco legisladores, como exige la ley.

Sus actividades dentro del IFE tampoco fueron notorias. Si bien *Reforma* y otros diarios se encargaron en agosto del 2000 de cubrir la presentación de la revisión de informes de gastos de los partidos de 1999, el PSN tampoco destacó, ya que las multas que recibió fueron pequeñas en comparación con las de los partidos grandes, que acapararon los reflectores.

En abril de 2001 se publicaron notas sobre la Alianza por México y las 19 sanciones que le impuso el IFE por irregularidades en la presentación de sus gastos de campaña. La multa se dividió en cinco partidos y la atención así se diluyó. Durante ese año el partido buscó aliarse nuevamente con el PRD para las elecciones locales de Tabasco, lo que les mereció volver a ser mencionados.

Otra etapa de revisión hemerográfica consistió en releer lo que yo mismo había escrito del PSN. En junio de 2001 publiqué Mini partidos: política de familia. Ese trabajo me lo encargó el editor, Miguel de la Vega. Confieso que para hacerlo sólo hice entrevistas y consulté los organigramas de cada instituto, pero no profundicé más. Así lo hice porque como en el Partido Alianza Social y el PAS los dirigentes admitieron apoyarse en familiares, me conformé con eso y no cuestioné los papeles que desempeñaban los hermanos, primos: Ni siquiera me pregunté si se trataba de casos de nepotismo.

Respecto a las notas que el periódico había publicado en las que aparecía el nombre de Gustavo Riojas, éstas se remontaban a 1994, cuando fue representante del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM) ante el IFE.

Ya el 19 de mayo de 1996 Daniel Moreno, en *Enfoque*, se había ocupado de las organizaciones que buscaban ser partidos. Una de éstas era la de Riojas. Moreno consignaba que el líder se jactaba de tener 120 mil afiliados. También se ostentaba como primo lejano de la fallecida viuda de Luis Donald Colosio, Diana Laura Riojas.

A partir de 1997 las notas de Riojas y el partido iban en paralelo, y era más común que aparecieran las siglas del partido, acompañadas del nombre de su líder.

Para los trabajos de La vieja historia de los nuevos partidos y Minipartidos: política de familia, entrevisté a Riojas. En ambas ocasiones me llamó la atención su seguridad de que el PSN era el proyecto que cambiaría al país. Esta actitud me pareció más romántica que sospechosa y nunca intenté averiguar algo más de él. Consideraba que su partido era pequeño e insignificante.

Ni siquiera su sede me llamó la atención. Las dos veces que platicamos me citó en Adolfo Prieto 40, en la colonia Del Valle. Ahí, rentaba el primer piso de una vieja casa de dos niveles. Su oficina estaba amueblada con escritorios y sillas de segundo uso y lo acompañaban tres empleados de aspecto burocrático. ¿Qué podía haber de interesante?, pensaba. Suponía que eran personas de buena fe, pero sin futuro en la política. No me hice en ese momento una pregunta básica: ¿qué hacían con los millones de pesos que recibían del IFE? ¿Por qué con el dinero que tenían, ocupaban una sede tan modesta?

### **Un informe electoral y su potencial periodístico**

El documento que soslayé y que me serviría como despegue se titulaba Resolución del Consejo General del Instituto Electoral del Distrito Federal respecto del procedimiento de determinación e imposición de sanciones instaurado en contra del Partido de la Sociedad Nacionalista. Se trataba de una muestra y adelanto de las irregularidades que haría y repetiría el partido durante su corta vida.

Fechado el 10 de julio de 2001, es curioso pensar que en ese momento no me di cuenta de la fecha y no me pareció importante, pero en realidad el documento estaba calentito. En 30 hojas tamaño oficio, resumía la entrega de informes de gastos de campaña del partido durante 2000. El documento revelaba que el reporte del PSN era incompleto.

De acuerdo con dichos papeles, el PSN en el DF no presentó la documentación necesaria para comprobar la veracidad de lo reportado, a pesar de la petición por parte del instituto de que lo hiciera, el 11 de septiembre y el 2 de octubre de 2000. El documento informaba que se le dio de plazo el 12 de febrero para que lo hiciera. El 20 de marzo el partido entregó nuevos informes de los gastos.

El Instituto Electoral detectó que la representación local no presentó copias de las cuatro firmas autorizadas para el manejo de las cuentas bancarias, ni de los responsables del órgano encargado de los recursos de campaña. Lo mismo ocurrió con los comprobantes de quienes recibieron Reconocimientos por Actividades Políticas. No había detalles de la aportación de militantes ni simpatizantes; de ingresos por autofinanciamiento, ni por rendimientos financieros, ni de transferencias internas.

Asimismo faltaban los detalles de los gastos centralizados y prorrateados entre las delegaciones, y no se presentaron facturas. Dado que el partido había formado parte de la Alianza por México y por ello debió contribuir con gastos centralizados a la coalición, no informó de los criterios usados para la distribución de los gastos de campaña centralizados. Otra anomalía de la Alianza fue que superó el tope de gastos permitidos en el Distrito Federal.

El informe venía acompañado de copias de las respuestas del partido firmadas por parte de la responsable de la información financiera. Esta información resultaba muy valiosa, pues me permitía conocer por dónde y cómo caminaba el partido y quiénes lo representaban, pues así leí por primera vez el nombre de Carlos Reyes, quien fungía como delegado del PSN ante el IEDF.

La lectura de la resolución me permitió ver que entre el primero y segundo requerimientos hechos por el Instituto Electoral al partido para explicar sus irregularidades, se registró el cambio del primer responsable de la información financiera. Esto podía interpretarse como una ruptura entre el encargado y la dirigencia nacionalista. Por lo tanto, se convertía en una pista a seguir.

También daba cuenta de que a cada requerimiento el partido no respondía con información nueva, sino sólo complementaria. Por otra parte, los escritos del representante del partido se convertían ante mis ojos en testimonios de otra irregularidad: la centralización de recursos a cargo de la dirigencia nacional, que manejaba la llamada Cuenta Nacional.

Toda esta argumentación, presentación de copias, citas del Código Electoral del Distrito Federal, sirvieron al IEDF para demostrar la responsabilidad administrativa del PSN, que se hacía merecedor de una amonestación pública al incumplir con la entrega de su informe ante la autoridad electoral del DF.

Esta información era mi punto de partida. Tenía datos de irregularidades del PSN, contaba con nombres del representante en el Distrito Federal, de dos personas encargadas del manejo de finanzas. Desconocía qué significaban los Reconocimientos por Actividades Políticas. El informe carecía de información relativa a los orígenes del partido, e ignoraba dónde obtenerla.

Lo hallado hemerográficamente era insuficiente. Faltaba el informe a nivel nacional, elaborado por el IFE. Yo no estaba empapado de lo electoral, no tenía contacto con ninguna de las áreas de fiscalización, ni contaba con alguien que me familiarizara con el partido. Ni siquiera sabía dónde estaban las instalaciones del IEDF.

Sólo contaba con un documento local. Era mi base. Por cierto, tuve que leerlo varias veces, ya que me costó entenderlo a la primera lectura, debido a los tecnicismos que contenía.



## **Las dificultades de la investigación... las primeras fuentes consultadas**

Para iniciar la búsqueda de información recurrí a la Comisión de Fiscalización del IEDF, ya que ese órgano elaboró el informe del cual partía mi trabajo. Nunca antes había recurrido a dicha comisión, cuyo domicilio me era desconocido. Busqué en Internet la página del IEDF. Cuando la encontré conseguí los teléfonos del órgano electoral. Pero decidí posponer mi visita, con el fin de hacerme de más datos del PSN y no llegar en blanco.

Mi siguiente paso fue planear para el siguiente día, 12 de julio, una visita al Registro Público de la Propiedad (RPP), que se localiza en Villalongín, colonia Cuauhtémoc. Nunca antes había consultado el RPP, por lo que le pedí asesoría a una compañera. Me explicó que para acceder al registro de las propiedades de alguien, había que llenar una forma para búsqueda en pantalla, la cual servía para que los empleados del registro lo averiguaran por particular. Asimismo, la pesquisa podía ser por domicilio, en cuyo caso se averiguaba de quién era propiedad un lote en específico. Con las solicitudes, uno debía formarse en el área de ventanillas, para pagar por los derechos de búsqueda.

Si ninguna de estas búsquedas funcionaba, entonces se podía hacer una revisión de planos. Para usarla se requiere contar con el lote y manzana de la propiedad buscada, e incluir las calles colindantes. Yo desconocía esta opción, que finalmente utilicé, lo que implicó visitar el domicilio del partido. A mí el servicio del RPP me pareció una maravilla, aunque francamente era incrédulo sobre los resultados que se pudieran obtener.

La Cámara de Diputados fue otra fuente consultada ese mismo día. A diferencia del RPP, ya conocía el recinto legislativo, pero no tanto como para saber cuáles eran los cubículos que ocupaban los Riojas. Éstos se encontraban en el primer piso del edificio F, junto a las oficinas de Convergencia y del PAS. Visité el sitio y pregunté por los legisladores, pero las secretarías, mal encaradas, respondieron que desconocían dónde se encontraban sus jefes. Les pedí su teléfono. Me lo dieron, pero nunca contestaron. Siempre tuve la sospecha de que las empleadas tenían la orden de no dar información, y la cumplían, ya que a cualquier pregunta negaban saber algo, y no ocultaban su fastidio. Las visité unas tres veces más, y a diferencia de otras empleadas, sus actividades se limitaban a charlar o a jugar solitario en la computadora.

Aproveché estas visitas para investigar las participaciones legislativas de los diputados pesenistas. Pedí información a la presidencia de la Cámara, y me entregaron la lista de sus intervenciones en tribuna, las iniciativas que habían presentado y las veces que se habían ausentado. Además, obtuve datos sobre las comisiones de las que formaban parte, sus fechas de nacimiento y su edad. Esta información era oficial y la podía usar sin problemas.

Ese mismo día busqué a Arturo Sánchez, director de Prerrogativas y Partidos Políticos del IFE. Sólo pude hablar con un auxiliar suyo, quien ante mi insistencia, accedió a darme su celular. Marqué al móvil y Sánchez me contestó. Le expliqué que

quería saber los usos y costumbres del PSN a escala federal. El funcionario se comprometió a recibirme el lunes 16 a las 18:00 horas.

Sobre la consulta de las propiedades registradas a nombre de Riojas, me dieron información el 13 de julio sobre un departamento, ubicado en Coyoacán. Los datos estaban contenidos en copias de folio, que son documentos con los registros de cada uno de los movimientos inmobiliarios de todas las propiedades inscritas en el Registro, a partir de 1979.

Respecto a la información de la sede nacional ubicada en Adolfo Prieto, dentro del RPP no encontraron ningún dueño registrado, por lo que debí llenar otra forma para hacer la búsqueda en Libros, es decir el sistema de inscripción de propiedades anterior a 1979. La llené, la pagué y acudí al área de Acervo del Registro. Ahí se la dí a un servidor público, quien me pidió los datos del domicilio que me interesaba. Se los entregué y a cambio él me proporcionó de manera escrita unos números de serie, de tomo, de volumen y de foja que servirían para que otro empleado buscara las transacciones de compra-venta de la propiedad y con ello el nombre del dueño más reciente, que resultó ser alguien ajeno al partido. La propiedad no estaba registrada a nombre del instituto político.

La búsqueda y localización de los Riojas continuó. Hablé a la oficina del partido en el IFE, pero ahí una mujer me dijo que no podía dar los teléfonos de Riojas. En una de las llamadas que hice, la persona que me contestó, colgó en cuanto le pregunté cuál era su nombre.

Ese viernes, visité las oficinas del PSN en Adolfo Prieto, e hice una guardia de dos horas para ver si se aparecía el diputado y observar en qué coche se transportaba y tratar de apuntar el número de matrícula de su auto. Antes de retirarme me acerqué para preguntar quién me podía dar información sobre sus resultados electorales. Un empleado llamado Rafael me dijo que el encargado era José Manuel Flores, pero que ese día no regresaría. Pero quien sí se hallaba era Riojas en su oficina, me comentó. Antes que yo reaccionara, fue a avisarle de mi visita. La casualidad me salvó, ya que surgió otro hombre, que me atendió pero evitó avisarle a Riojas de mi presencia, con el argumento de que estaba ocupado, situación que me convino, porque en caso contrario el trabajo hubiera tomado otro rumbo, y lo hubiera puesto sobre aviso. Le pedí unos datos y él me prometió que él me llamaría para dárme los. Nunca llegó esa llamada.

Al salir de la sede, en la fachada de la construcción vi un anuncio de que la casa estaba en venta. Ese día no quise preguntar los motivos para venderla, porque sentía la mirada vigilante de los empleados.

Al atardecer decidí buscar la dirección de la propiedad de Riojas, conseguida en el RPP. Me dirigí a Avenida Coyoacán 1874, noveno piso. Al llegar, vi que sería difícil entrar. Decidí preguntarle al portero si ahí vivía Riojas, y me dijo que no, que ahí rentaba un tal Guillermo. Desilusionado, pensé que el único dato que tenía no servía. De todos modos, lo apunté y pensé que debía tener paciencia.

El lunes 16 hablé a la oficina de Eduardo Huchim para concertar una cita y que me explicara el documento. Me pidió llamarle al siguiente día a las 12:30 para acordar una cita.

Ese mismo día por fin pude visitar a Arturo Sánchez. Apurado como es él, me pidió que le explicara el objeto de mi trabajo. Le conté que quería hacer una revisión del PSN y le pedí permiso para hacer la compulsión. Él me explicó que ésta no se podía hacer porque por ley esos documentos estaban clasificados como reservados, ya que todavía estaban en revisión. Me aconsejó que para mis objetivos debía recuperar el documento redactado por el IFE en junio de 1999, cuando el Consejo General aprobó el registro del partido de Riojas. Ahí encontraría datos de cuándo se aceptó el registro del PSN, así como los argumentos usados por representantes partidistas para oponerse a dicho registro.

También me sugirió checar datos sobre el funcionamiento del CEN, del cual se tenían pocas noticias. Y seguir en la búsqueda de sus propiedades, sin que ello significara que fuera a encontrar el dato espectacular. En su área siempre escucharon de irregularidades, desde que eran agrupación política nacional, pero nunca se lo comprobaron. Además, me pasó el chisme de que Riojas trabajó con Carlos Guzmán, ex presidente del PARM, partido que cuando desapareció en 1997 no devolvió los bienes de los que se hizo con las prerrogativas del IFE. Finalmente me comentó que el partido registró un nuevo domicilio de sus oficinas y me lo dio.

Salí con datos, con el conocimiento de que debía revisar sus sanciones, pero sin ningún documento. Comenzaba a dudar de que pudiera obtener la información. Sabía muchos chismes y supuestos, pero no tenía nada comprobable.

El martes 17 pedí una cita con Lorena Villavicencio, en ese entonces representante del PRD ante el IFE y que en 1999 estuvo encargada de las alianzas del partido del sol azteca. Mi intención era preguntarle cuál había sido la contribución del PSN en las elecciones del 2000.

Villavicencio me atendió rápidamente y me explicó las razones de la alianza, lo que habían obtenido, y me ofreció enviarme algunos dictámenes sobre el partido, versiones estenográficas de sesiones en las que participó Riojas, la cifra de cuánto recibió el partido de financiamiento y cuánto cooperó para la alianza. Aunque no me dio datos, en entrevista dijo que estaban arrepentidos de la alianza, pero ésta se concretó por un capricho del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas.

En mi agenda, para el miércoles 18, tenía como objetivo buscar a Carlos Guzmán, ex presidente del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, para que me hablara de su relación con Riojas, quien fue su suplente como representante del PARM ante el IFE. Pero nunca supe de él y perdí tiempo en su búsqueda.

Asimismo, tenía marcado visitar las oficinas del partido en la dirección que me dio Arturo Sánchez. Debía buscar más familiares de Riojas. Un pendiente era llamar a la representación del PRD para que me dieran los datos que Villavicencio me ofreció.

Además, debía comunicarme con la Mesa Directiva de la Cámara de Diputados para tener más datos de los Riojas y al final del día, estaba marcada una cita con el consejero Eduardo Huchim. Tenía la esperanza de que él me diera acceso a más documentos. Al iniciar la plática me contó del informe que yo había leído. El origen era una auditoría amplia al partido sobre sus gastos de campaña. Pero me dijo algo que me dejó helado: "No tenemos elementos para presumir malos manejos". Sentí que el trabajo podía caerse en cualquier momento.

Le pedí que me describiera el proceso de revisión y reconoció que las inconsistencias eran fuertes. Sin embargo, no había pruebas, insistió. No obstante, conector del oficio me soltó un dato fundamental para el trabajo que yo ignoraba y no iba a saber simplemente porque del IEDF desconocía todo. Carlos Reyes, el ex representante del partido en el instituto y a quien enviaron las notificaciones, había sido sustituido. Parecía que se había enfrentado con la dirigencia.

Me proporcionó otro dato, el nombre de su principal proveedor: Desarrollo Integral en Servicios Corporativos (DISC) S.A. de C.V. Le pidió a uno de sus ayudantes imprimirme una tabla de los resultados electorales que el partido obtuvo en el D.F. (cuya ley establece el voto diferenciado, aunque haya alianzas). Los resultados del partido eran muy pobres. Otra gráfica que me entregó fue la de las prerrogativas recibidas por el partido a nivel capitalino.

Me contó algo más: el dirigente gustaba de viajar en autos deportivos de lujo. Por último, me sugirió revisar las empresas proveedoras, pero sin darme sus direcciones ni explicarme por qué. Al consejero le llamó la atención que a diferencia de los demás partidos, el PSN no lo invitara a sus oficinas, sino que sus documentos los llevaba al propio IEDF. Salí preocupado de la oficina del consejero. Prácticamente carecía de documentos, y los que tenía se podían bajar por Internet.

Para el jueves 19, mi agenda consistía en volver a pedir informes a los auxiliares de Villavicencio, que me habían quedado mal con la información que me iban a dar. Lo mismo ocurrió con la gente de la mesa directiva de la Cámara de Diputados. Ese día debía hablar a las 15:00 horas con el diputado José Manuel del Río Virgen, de Convergencia, para que me diera referencias del trabajo como legislador de Riojas, ya que eran vecinos de oficinas.

Mi siguiente paso fue buscar el domicilio de DISC que conseguí a través de una persona que me pidió no citarla, cosa que mantengo hasta ahora. Quien me lo dio no la recordaba exactamente, pero sí me aseguró que se encontraba en un noveno piso. Al revisarlo noté que estaba en la misma calle de la propiedad de Riojas, reportada por el RPP.

Acudí a la dirección que tenía, Avenida Coyoacán 1847. Cuando busqué a DISC encontré a la Afianzadora Insurgentes, era un edificio de dos plantas. Como la construcción parecía nueva, pregunté si alguien sabía algo de Gustavo Riojas. La respuesta fue negativa. Me sentí frustrado, pues sentía que no avanzaba en la investigación. Pero no me rendí. Recordé que en mi experiencia como encuestador

observé varias veces números que se repetían, o que tenían bis. Lo que hice fue buscar un edificio cercano, porque mi fuente me había insistido en que se localizaba en un noveno piso. Apenas me dirigí a la siguiente calle recordé mi búsqueda anterior, la del departamento de Riojas y sospeché algo: que la propiedad de Riojas y DISC ocupaban el mismo domicilio. El 1847 y el 1874 eran prácticamente el mismo número, sólo tenían los dos últimos invertidos. El 1874 del departamento del dirigente nacionalista estaba en la siguiente cuadra, del otro lado de la acera del 1847.

Ahí pregunté al portero por quién vivía en el departamento del noveno piso, y me dijo que en el piso nueve sólo vivía un señor Guillermo. Toqué el timbre. Una mujer me contestó y preguntó mi nombre. Le respondí que buscaba a Gustavo Riojas. Ella me dijo “¿de parte de quién?”. Me identifiqué como reportero, y ella me aseguró, casi a gritos, que ahí no vivía desde hacía dos años y que no sabía nada de él. Le pedí información sobre DISC, pero afirmó no saber nada y colgó.

Me quedé desconcertado. No tenía evidencias de que ahí fuera DISC ni la casa de Riojas. Lo que me pareció sospechoso fue el tono, el hecho de que en cuanto me identifiqué como reportero, me colgara. Mi olfato apuntaba a que eran demasiadas casualidades para soslayarlas. Volví a preguntar al portero, pero de manera directa por Riojas. Respondió que hacía dos años que ya no vivía ahí. Repitió que lo rentaba un tal Guillermo (nunca descubrí a quién se refería) que se fue después de las elecciones. Le pregunté por DISC y le expliqué que se trataba de una empresa de material electoral. La memoria se le refrescó y me contó que en 2000, antes de las elecciones, vio a algunas personas subir vasos con propaganda “de partidos”.

El trabajo hemerográfico lo continuaba cuando llegaba a mi escritorio. Buscaba en el Infodex, el sistema interno de información del periódico notas sobre los familiares de Riojas. Para ello rastreaba a los presidentes estatales del PSN, y hacía una lista de esos dirigentes, de cuáles apellidos se repetían, sin importar si eran Riojas o no. Así di con el nombre de Gabriela Riojas Santana, quien era presidenta del partido en el D.F. y había sido candidata a asambleísta en 2000.

El viernes 20 mi agenda consistía en volver a hablar con Huchim para ver si tenía información adicional. Recuerdo que lo hice, pero el consejero me ratificó los datos que me había dado la vez que lo visité. Él sabía más, me dijo, pero estaba impedido por la ley. Ambos respetamos eso.

Ese día volví a hablar a la sede del partido y me contestó una recepcionista, de nombre Graciela García. Lo único que me dijo es que no podía proporcionar ningún dato. Ni siquiera la dirección del partido. De nada sirvió mi promesa de guardar su nombre, envuelta en una serie de halagos a su voz. No accedió.

También acudí de nuevo a la Cámara y les pedí la dirección electrónica del partido. La secretaria informó que iban a subirla, pero tenían problemas porque "estaba muy pesada".

Desesperado por no conseguir mayor información, aproveché para sondear entre las secretarías de los partidos vecinos. Una de ellas me dijo que el señor destacaba por llegar de lentes oscuros y escuchar música de los Tigres del Norte. “Es un naco”, lo llamó.

Inicié la búsqueda de Jesús Zambrano, el entonces encargado de Alianzas del PRD. Preparé un cuestionario. Quería saber por qué a pesar de lo costosa que fue la alianza con Riojas, insistían en buscar otras a escala estatal. Y necesitaba el dato de cuántos votos aportó el PSN en el 2000, que por cierto nunca conseguí. Lo que sí encontré fueron anécdotas sobre la manera de ser del presidente nacionalista. Una perredista me contó que presencié las negociaciones de la alianza y él se comportó prepotente. “Una vez alguien que trabajaba con él, se fue a comer y se retrasó. Al regresar, Riojas lo regañó enfrente de otras personas y le dijo ‘a ver si comes en tu casa’”.

Se quejó de que cuando hicieron campaña, en algunos estados los del PSN no participaban, pero sí cobraban sus prerrogativas. “Si les avisaban que no les pagarían, entonces amenazaban con tomar las oficinas perredistas”, decía la fuente. Interesante, pero no me servía porque deseaba que su testimonio pasara como anónimo.

Para el lunes 23 fui a la sede del PSN en Hidalgo. Se trataba de ver la estructura estatal del partido. Al llegar a la dirección encontré una oficina rentada, y funcionarios que apenas conocían a Riojas en persona, y nuevamente, se negaban a informar cuántos recursos recibían. Pero me ayudaron a entender la mecánica para atraer votantes en tiempo de elecciones, la cual consistía en buscar su voto a cambio de algo. La afiliación se interrumpía cuando no había comicios en puerta. Mi visita sirvió para describir el funcionamiento de una sede del partido.

Pero eso era una parte mínima del trabajo. Se trataba de hacer una radiografía de la familia y del partido. Lo de Hidalgo sólo sería un ejemplo. En ese punto me encontraba y ya me sentía perdido. Por esa fecha comencé a localizar el teléfono de la casa de Gustavo Riojas. A sugerencia de mi jefe, Miguel de la Vega, me inscribí en el directorio telefónico de Teléfonos de México por Internet, con la esperanza de hallar el número deseado. Resultó infructuoso.

### **Los recursos usados para completar la investigación**

Tenía grabado lo que me había dicho Huchim: hubo una bronca de dinero en la representación del PSN en el IEDF y Carlos Reyes, el representante del partido ante el instituto, había salido.

Algo que sabía de mis lecturas periodísticas era que los disidentes se podían convertir en una buena fuente. Carlos Reyes aparecía como el único personaje que reunía estas características. Aunque varias de las personas contactadas hablaban mal del PSN, todo parecía condicionado por los prejuicios y por pequeñas anécdotas. Pero nadie sabía del partido más allá de la dirigencia de Riojas.

Preocupado por encontrar información, recordé que cuando hice el trabajo de Minipartidos: Política en familia, llamé por teléfono a la oficina de Riojas en la Cámara de Diputados. Me dijeron que el canal adecuado para dar declaraciones era Carlos Reyes, porque él era asesor del legislador. No lo hice porque la entrevista con Riojas me la consiguió la secretaria. En esa ocasión no me pareció importante incluir la voz de Reyes. Ese error se convirtió en mi cruz, pues para el reportaje que tenía en marcha, sí era necesaria su voz y parecía que la tierra se lo había tragado.

A cada sitio que iba preguntaba por él, con la esperanza de hallar una pista suya, pero nada. Pregunté a la representación del PSN en el IFE, al consejero Huchim, a representantes de otros partidos, tanto en ambos institutos electorales como en el Congreso. Algunos lo recordaban, pero de manera difusa, otros de plano ignoraban de quién se trataba.

El martes 24 René me llamó a su oficina y me pidió un informe de mis avances. Le comenté que tenía en mi poder los resultados electorales del PSN, cifras sobre las multas impuestas por el IFE, le informé de mi visita a la sede estatal de Hidalgo, que sospechaba que el departamento de Riojas era ocupado por la misma empresa proveedora del partido, y todo eso lo presumí como lo positivo, y mencioné como negativo el hecho de no haber podido hablar con Carlos Reyes. Pensé que saldría bien. No fue así. "¡Mal, muy mal, licenciado!", me dijo con su mirada dura puesta en mí. Me puso una regañada durísima. No veía datos nuevos. Todo lo que tenía se podía conseguir en Internet y en todo caso no era lo que me había pedido.

"¿Qué había de las despensas que regaló para formar su partido? ¿Qué había de la presencia de su familia en el partido? ¿Qué había de las irregularidades en sus informes? ¿Había hecho la compulsión? ¿Cómo era posible que no encontrara a Carlos Reyes? ¿Cómo podía desaparecer alguien sin dejar rastro? ¿Ya buscaste en directorios, en hospitales, en panteones? ¿Y si está muerto, ya se te fue la nota? ¿Por qué no le había informado?", me cuestionó. Ahora tenía menos tiempo y él no estaba enterado de nada, me reclamó.

Me dio hasta el viernes para ver un avance. Estaba enojado de verdad. Me sentí muy asustado. Si era martes y tenía hasta el viernes, y en casi dos semanas no había conseguido saber del paradero de Reyes, cómo lo iba a lograr en tres días. Y cómo iba a conseguir los documentos. Y faltaba redactar... Le dije a René que iba a ver si lo conseguía. No me sentía seguro como para prometer. Fue un acto de sinceridad porque no sabía si lo haría. Pero con René no era de "voy a ver si puedo". Era de conseguirlo. Así de fácil.

### **El eslabón perdido**

El miércoles 25, a sugerencia de mi coordinador, Miguel de la Vega, usé el recurso de abrir la sección telefónica blanca y buscar ahí a los Carlos Reyes que aparecieran y llamarles. Yo era escéptico. Lo que hice fue apuntarlos en mi libreta y marcarles a uno por uno. Molesté a tres Carlos Reyes que estaban registrados. Uno era un señor de 76 años, apartidista, se definió. Otro resultó ser también una persona mayor. Para mí eso no

estaba funcionando y me sentía muy desanimado, tanto que en mi libreta puse abajo de sus datos "otro viejillo". En el tercer telefonazo ni siquiera obtuve una respuesta. Después del mediodía hice más llamadas, a gente de partidos políticos que conocía, y no sirvieron de nada.

Las oficinas del PSN en el IEDF eran una fuente virgen, sin explotar. Las había descartado después de que no conseguí datos ni en las oficinas del partido en el IFE ni en las que ocupaban Riojas y sus familiares en el Congreso. Era el momento de hacer una exploración.

Diseñé un plan que estaba seguro que fracasaría, pero que por lo menos no podía empeorar la situación, pensé. Se trataba de ir a la representación del IEDF y preguntar por Carlos Reyes. Daba por hecho que me iban a negar la información porque si ahí fue donde él formó parte del problema que enfrentaba el partido, iban a estar más alerta para no darme ninguna pista.

Al llegar al IEDF decidí visitar primero las oficinas del PT y de Convergencia. Pregunté por el ex asesor y me aseguraron que no lo conocían, a pesar de las pistas que les daba para que se acordaran. Al acercarme a las oficinas del PSN les eché un vistazo. Había una mujer malencarada. Hasta me sentí intimidado, pues tenía presente que en el Congreso, una de las secretarías fue grosera al atenderme. Tenía el presentimiento que todo saldría mal, ya que era obvio que para cuando llegara con ella, ya estaría consciente de mi presencia y estaría menos dispuesta a darme información. Con este miedo, decidí inventar una historia que facilitara su colaboración. Si me preguntaba mis razones por las que estaba interesado por Reyes, le diría que él me debía dinero. Aunque no tenía mucha fe en mi mentira, ni acostumbraba a engañar en mi chamba, no se me ocurría otra cosa.

Entré a su oficinita y pregunté por Reyes.

-¿Quién lo busca?

-Marco Antonio Martínez.

-Ya no trabaja aquí.

-¿No sabe dónde puedo encontrarlo?

-No.

Mientras respondía me veía con fastidio. Era una mujer guapa, joven, de gestos altaneros, vestida a la moda. Se veía fuera de lugar en esa oficina gris y burocrática. No ocultaba su disgusto por atender a la gente. Ante sus respuestas, inicié la retirada, casi derrotado, pero antes de despedirme, puse cara de decepción y utilicé mi mentira planeada tres minutos antes:



-¡Híjole! Pues ya ni modo. Lo que pasa es que éramos conocidos, le presté cinco mil pesos y quedó en pagarme, pero todavía me debe. Por eso vine a buscarlo, dije mientras fingía molestia.

-¡¿A ti también te debe ese desgraciado?! A mí me quedó debiendo y no me pagó. Le debe tres mil 500 pesos de alhajas a una persona con quien yo lo recomendé. Te voy a dar su teléfono celular y el de su casa. Si lo encuentras avísame para que yo también lo busque.

- Órale. ¿Por qué salió?

- Parece que por transas. Hasta creo que ya cambió su celular.

Mientras me contó eso, su rostro se transformó. Del fastidio pasó al entusiasmo. Rápidamente me dio los teléfonos de Reyes. Después me sonrió. “Realmente es guapa”, noté. Además, yo estaba feliz y no daba crédito a la facilidad con la que me hice del número telefónico.

- ¡Gracias!, le dije y prometí avisarle de cualquier noticia de Reyes.

Apenas salí, me dirigí al primer teléfono público que encontré, y desde ahí le hablé a mi editor, que en ese entonces era Marco Antonio Gonsen y le conté lo ocurrido. Él me preguntó si ya había confirmado los datos, si ya había hablado con él. Eso me desanimó un poco porque no le había marcado al ex representante. Le respondí que le hablaría inmediatamente. La verdad es que no podía cantar victoria tan fácilmente.

Marqué al celular y me contestó un hombre que me preguntó quién era yo. En ese momento me metí en un dilema: debía mentir otra vez previendo que él no quisiera hablar con nadie, o decirle la verdad, ser honesto y expresarle lo que queríamos de él. Opté por esta última, ya que consideré que si detectaba mi mentira podía alejarse la posibilidad de entrevistarlo. Le expliqué que estábamos haciendo un reportaje sobre Riojas, sus familiares y cómo el presidente nacional manejaba el partido. Sabíamos que Reyes había tenido problemas y queríamos que nos los contara. La persona escuchó y después de una pausa me lo pasó.

Cuando por fin lo tenía y le comenzaba a explicar lo que sabía del PSN y que era importante tener su versión, se me acabó el crédito de mi tarjeta telefónica. ¡Qué contrariedad! En ese tiempo no cargaba celular y lo lamenté. Fui a comprar otra tarjeta y mientras lo hacía, temí que ya no me contestara. Volví a marcar y oí su voz. Me confesó que tenía dudas de verme o no, porque Riojas estaba tras de él y no podía confiar en que yo no fuera algún empleado de su ex jefe. Yo le pedí que llamara al periódico y preguntara por mí, cité el trabajo de minipartidos y lo recordó. Eso le dio seguridad y accedió a verme, pero me advirtió que lo hacía con reservas.

Acordamos reunirnos a las 19:00 horas, en un Vips de Polanco. Él tardaría una hora en llegar. Al concluir la llamada le marqué de nuevo a Gonsen y me pidió que tuviera precaución, igual podía ser una trampa. Me dijo que pensara que yo ya había

dicho que estaba en marcha un trabajo del partido y Reyes podía avisarle a Riojas. Coincidí con él y me arrepentí de ser tan abierto. Pero también no tuve más opción que arriesgarme para dar confianza. Le dije a Gonsen que esperaría a Reyes, a ver qué pasaba. Pero tenía el presentimiento de que el ex asesor era el eslabón que me faltaba.

Afortunadamente, Reyes llegó, lo hizo acompañado de otro hombre. Esto me generó desconfianza. Recuerdo que esperaba al típico rollero oportunista de la política, con frases llenas de lugares comunes. En cambio, encontré un hombre de ideas claras, que reconocía sus ambiciones políticas, pero que también tenía la firme idea de que más allá de las diferencias que enfrentó con Riojas, veía muchas irregularidades en el manejo del instituto político.

Me pidió que no tomara apuntes. Accedí. Le expliqué la intención del reportaje, cómo había nacido y todo lo que había averiguado de Riojas y sus manejos del PSN. Le conté incluso cosas que no iba a incluir en el texto porque las fuentes no querían aparecer, pero que sí daban una idea del personaje que era Riojas. Actúe así para que se diera cuenta que era importante tener una voz que conociera el partido y a Riojas, y eso reforzara los datos ya conseguidos. Le pedí que él fuera esa voz y contara lo que sabía. Mi esperanza era que después de escuchar esto se abriera conmigo. También le conté la aventura que representó buscarlo.

Él me explicó que después de salir del partido había sido acosado por Riojas y por eso desconfiaba. De hecho, reconoció sentir miedo, pero aceptó platicar, con la condición de no tomarlo como una entrevista. Comencé a preguntarle por su salida como representante del IEDF. Conforme avanzaba la charla me relató lo de las campañas en 2000, su papel como asesor en el Congreso y en el IEDF. Yo a cambio le contaba algunos datos que había investigado para que se diera cuenta del dominio que yo traía del tema.

Platicamos dos horas. La última media hora incluso le pedí permiso para tomar apuntes y accedió a mi petición. Al final le volví a pedir la entrevista. Me dijo que le caí muy bien y que sí aceptaba, pero hasta el siguiente día. Acordamos vernos en las instalaciones del periódico. Antes de despedirme le solicité que si contaba con documentos, me los prestara. "Sí tengo, pero no son importantes", me dijo. "De todos modos llévalos", le sugerí.

Cuando llegué al periódico le comenté a Gonsen y dijo que le parecía bien. También le comenté a Miguel de la Vega, el coordinador del suplemento. Mientras lo hacía, pasó René y me preguntó por Reyes. Le dije que ya lo había encontrado. Mucho más relajado que el día anterior, me animó: "ves como cuando quieres, puedes", mientras me daba una de sus típicas palmadas en la espalda.

### **El tesoro de Reyes**

Al otro día Carlos fue al periódico. Lo entrevisté en la cafetería. Me llevó unos documentos y al entregármelos me dijo: "Ojalá te sirvan". Recuerdo que fue con su esposa, una persona muy agradable.

Gracias a esa charla pude adentrarme en el funcionamiento del PSN, de los familiares y amigos que pertenecían al Comité Ejecutivo Nacional y enterarme de quiénes estaban colocados como dirigentes estatales. Respecto a los documentos, éstos eran surtidos y había desde invitaciones a una asamblea en busca de simpatizantes, hasta de un boleto para una rifa, a cambio de la afiliación.

También recibí una copia del dictamen y resolución del Consejo General del Instituto Federal Electoral sobre la solicitud de registro como partido político nacional, de la agrupación política nacional denominada Sociedad Nacionalista, que contenía los pasos que siguió la APN para convertirse en partido y algunas de las irregularidades observadas en dicho proceso.

Adjunto estaba el acta de certificación de la Asamblea Nacional constitutiva de la agrupación política nacional denominada "Sociedad Nacionalista", por parte del IFE. Curiosamente este documento lo subestime y fue vital, porque contenía otras irregularidades encontradas.

Asimismo, tenía en mis manos la certificación ante notario público de la Asamblea Nacional, que contenía la lista de los principales fundadores y dirigentes del PSN, integrada por familiares y amigos del líder Gustavo Riojas. Además, recibí una copia de los estatutos del partido, que daban amplios poderes a su presidente, o sea el propio Riojas.

Reyes llevó asimismo papeles membretados del partido con la historia, principios, organigrama, estructura territorial del partido y un currículum de Riojas. Riojas dio a Reyes poderes notariales para ser su representante ante el IEDF, según un documento entregado por el ex asesor en el IEDF. Reyes así comprobaba la importancia que tuvo en el partido.

Todos estos documentos me servían como constancia de las irregularidades del partido desde sus inicios. El viernes me dediqué a leerlos. El sábado visité las oficinas de Adolfo Prieto. Decidí preguntar en la casa por qué vendían la construcción. Lo hice confiado de que en sábado nadie trabajaría en el partido, pronóstico que resultó cierto. La dueña me respondió que estaba muy viejo el edificio. No obstante, fue la única información que obtuve.

Los siguientes días los empleé en comprobar las direcciones de casas de Riojas, de uno de sus hijos y de oficinas de DISC, proporcionados por Reyes. Sólo localicé y confirmé el nuevo domicilio de la empresa. Fui a la Cámara para averiguar las placas de sus autos, sobre todo el Jaguar o BMW que Carlos aseguraba que tenía el líder. Si bien conseguí algunas, perdí mucho tiempo en ello.

Reyes y yo intercambiamos llamadas diario. El miércoles 1 de agosto me pidió acompañarlo al IEDF para que viera cómo intentaba recuperar la representación. Acepté porque tenía la esperanza de que algo ocurriera y enriqueciera mi reportaje, aunque rogaba que no fuera algo grave porque tendría que hacer la nota y el reportaje se modificaría. No pasó nada.

## **El periodista no descansa**

El jueves 2 de agosto René me pidió ir a su oficina. Quería ver el texto. Yo tenía algo escrito, pero no le gustó. Me dijo que faltaban los nombres de quiénes se habían opuesto al partido en la sesión en la cual el IFE anunció su registro; las irregularidades registradas en sus asambleas no aparecían consignadas, tal como me lo había demandado. Me regañó y me advirtió que si esa información no la conseguía, podía irme despidiendo de mi empleo. Lo que le mostré lo dejó insatisfecho y pesimista sobre el contenido del reportaje.

Al salir me encontraba desmoralizado. Mi editor, Gonsen, me ayudó a conseguir algunos datos, pero sobre todo me dio una herramienta para conseguir más. ¿Cómo y cuál? Me enseñó a usar Google. Hasta entonces, yo ni sabía cuál era la utilidad de ese buscador. Eso sería como a las 21:00 horas. Tenía sólo esa noche para aprender a usarlo y sacarle provecho, lo que me obligó a quedarme en el periódico. Sólo dormí media hora, sentado en mi silla. Hubo un lapso en el que la única persona dentro de las instalaciones era yo.

Gracias a esa desvelada obtuve las irregularidades en las asambleas realizadas por el PSN, tales como la realización de rifas en varios estados. Esa información estaba contenida en el acta de certificación de la Asamblea Nacional que Reyes me había entregado, pero yo no la consideré en su momento hasta que la leí en la página electrónica del IFE. Los documentos que hallé gracias al buscador traían nombres de funcionarios del IFE que registraron las anomalías y detalles de sus observaciones.

Otra información que obtuve esa noche con el buscador fue la versión estenográfica de la sesión del 30 de junio de 1999, cuando el Consejo General del IFE sesionó para discutir los registros a los nuevos partidos. Ya desde entonces algunos representantes de partidos denunciaban irregularidades en el nacimiento del PSN. Pero nadie les hizo caso.

En mi exploración encontré datos del IFE sobre su negativa en 1997 a otorgarle el registro como partido al PSN, y de la estancia de Riojas en el PARM, como representante. También eran documentos oficiales que comprobaban datos que yo tenía, pero que carecían de una fuente identificable.

Asimismo, encontré notas de distintos periódicos referentes a Riojas y a algunos de sus familiares. Aunque no los cité, los usé para otras búsquedas y preguntarle a Carlos Reyes y amarrar detallitos.

La recopilación de lo que me faltaba la hice en la noche y parte de la mañana. El tiempo restante lo usé en la redacción que concluí alrededor de las siete de la noche. Una dificultad que enfrenté fue mi intención de darle cabida a todo lo que conseguí. Casi lo logré, pero el costo fue un texto pesado. Mi editor Gonsen le dio una revisada y lo pulió, pero a diferencia de otras ocasiones le hizo pocos cambios, ya que René quería ver mi versión. Lo entregué a las ocho de la noche.

## **El otro contacto**

Otro problema que enfrenté fue confirmar que en DISC estaba involucrada la familia Riojas. El dato estaba listo para ser incluido, pero era necesario amarrarlo, no sólo suponerlo, por fuerte que resultara nuestro presentimiento. Aunque tenía conocimiento de que en el departamento de Riojas se instaló la empresa proveedora del PSN, eso no bastaba para comprobar que estaban relacionados. Carecía de facturas o recibos que me permitieran asegurarlo (aunque ya había visto un comprobante fiscal).

La solución fue llamar a un funcionario de Comunicación Social de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público a quien no conocía personalmente, sólo por teléfono. Lo había contactado porque alguna vez le solicité una entrevista con el titular de la dependencia, Francisco Gil. Me la prometió, pero nunca me la dio. En realidad no dependía de él, pero por ser amable nunca me dijo que la respuesta del secretario de Hacienda a mi petición era una negativa.

Lo cierto es que nos llamamos tantas veces que ya hasta bromeábamos. Habían pasado unos meses de esto, cuando lo busqué para pedirle el favor de que me diera los nombres de quienes formaban parte del consejo de administración de la empresa, de acuerdo con los registros de Hacienda. No fue fácil porque la información está clasificada como confidencial. Le insistí mucho y le recordé que él cuando me negó la entrevista con Gil, me prometió a cambio ayudarme en la primera oportunidad. Ahora yo se la cobraba. Renuente, aceptó, pero con la advertencia que tardaría y no podría citarlo.

Casi al cierre de edición, pero consiguió el dato: Riojas era el presidente, y la apoderada legal era la ex secretaria de Finanzas del partido hasta el 2000. Me repitió que no lo citara.

- ¿Pero el dato es confiable, puedo incluirlo sin temor a que me desmientan?
- Sí, eso sí, pero no me cites.

La información no fue desmentida.

Antes de conseguir este dato, cumplí con el plazo impuesto por René Delgado y entregué el texto que me costó una noche sin dormir. Lo recibió, se lo llevó y prometió leerlo. Ese mismo día salió de vacaciones y nunca conocí su opinión. Esa noche, a pesar de mi cansancio, me sentí tan necesitado de liberarme del estrés que me fui a un antro a relajarme.

Pasó una semana cuando Miguel de la Vega me pidió el trabajo. Comenzó a leerlo. El martes por la noche me hizo preguntas sobre las fuentes, quiénes eran y si eran confiables. Él jugó un papel importante en la redacción final del trabajo, ya que dedicó una tarde y parte de la noche a pulirla. Recuerdo que significó otra desvelada para mí, que me retiré como a las tres de la mañana. El se quedó editando. Siempre le agradeceré eso, pues con su corrección el reportaje adquirió una lectura fluida.

## **El impacto del reportaje o la importancia del reportaje profundo**

Tres días antes de que se publicara el reportaje, el IFE celebró una sesión de su Consejo General. Asistí para solicitarle a Riojas una entrevista. Me faltaba su versión de los hechos, lo cual no significaba que no la hubiera buscado. Camino al IFE, ya llevaba una estrategia. Debía ser firme, y si rechazaba atenderme, mi deber era insistir. En realidad fue fácil abordarlo. Aproveché cuando salió al baño. Se portó amable y quería declarar en ese momento. Le expliqué que leyera el reportaje el domingo y entonces platicáramos. Aceptó y me pidió que el encuentro fuera el mismo día de la publicación.

Francamente no lo podía creer. Cuando fui al partido o a la Cámara a buscarlo en todas las ocasiones sus empleados afirmaban que no daba entrevistas. En ese momento él desmentía la imagen de grosero y prepotente que me pintó Carlos Reyes. Recuerdo que hasta me invitó un café. Quedamos en hablarnos el domingo.

El fin de semana fue de nervios. Sabía que la nota podía ser parte de la portada del diario. Incluso fui el sábado al periódico. Eso me permitió darme cuenta que la nota estaba contemplada como la principal. Curiosamente ese sábado murió Carlos Hank González, El Profe. Pensé que por su trayectoria, el político mexiquense quien fuera gobernador del Estado de México, regente del Distrito Federal, y tuvo el sueño de ser presidente de México, podía tumbar mi material. Afortunadamente no fue así. El 12 de agosto vi por vez primera mi nombre en la nota principal del periódico. Fue fantástico.

Ese mismo domingo entrevisté a Riojas. Nos vimos en un Sanborns, a las 17:00 horas. Lo encontré molesto. Confirmó los datos del reportaje, pero defendió los puestos de sus familiares en el partido. Alegó que no había nada irregular y explicó que como ellos construyeron el partido, merecían ocupar los cargos. Respecto a los nexos de la empresa de la cual él era el dueño y su partido, al principio lo negó. Pero con la información que recabé, comenzó a contradecirse. Quería envolverme en datos, pero yo tenía verificada la propiedad donde se encontraba la empresa y la información de Hacienda de que su secretaria de Finanzas era la representante legal.

Lo cuestioné sobre la participación electoral del partido y sus bajos resultados, y lo hice con información del IFE y de institutos electorales. Se sintió atacado y decía que iban a trabajar para dar gusto a los periodistas, quienes todo veíamos mal y criticábamos un proyecto honesto y que no hacía daño a nadie.

Al terminar la entrevista me dirigí al periódico a transcribirla, redactarla y preparar un texto, gracias al cual al siguiente día mi nombre apareció en la portada de nuevo. Pero además hubo varias reacciones. De entrada se le dio un seguimiento al tema en la sección Nacional, algo poco común, ya que ellos no dan seguimiento a lo publicado por otras secciones, a menos que su impacto sea evidente. Además, otros periódicos lo retomaron. Jorge Alcocer, ex subsecretario de Gobernación y editorialista de *Reforma*, se ocupó del asunto y en su artículo del día 14 criticó al PSN. El 15 de agosto se dio a conocer que el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación iba a revisar un expediente en el que se enlistaban 19 anomalías del partido en su presentación de gastos.

De la entrevista que le hice a Riojas el domingo 12 de agosto sólo fue publicada una parte en Nacional, por lo que René me pidió aprovecharla toda y meterla en el suplemento. Apareció publicada el domingo 19. También se le dio seguimiento noticioso al PSN en su representación del D.F., donde se le congelaron fondos y se publicó una nota el 29 de octubre en Ciudad.

Decir cuáles son los resultados del reportaje es muy difícil. De entrada en el IFE se generó molestia y los consejeros se preguntaban de dónde se había obtenido información, además de que ellos quedaron mal, pues las sanciones impuestas al instituto político eran mínimas. Al menos eso me dijeron mis fuentes. Después vendrían las medidas que decidieron para evitar el surgimiento de otro PSN. Los nuevos intentos de partido padecieron las consecuencias de las prácticas de los Riojas.

Este encargo me costó un gran esfuerzo, pero representa mi mayor orgullo. Tuvo características especiales. En primer término, fue una investigación sobre un partido poco trascendente, cuyos dirigentes eran prácticamente desconocidos. ¿Qué lo hizo interesante? La forma en que aprovecharon huecos legales para ejercer prácticas de nepotismo y mal uso de recursos públicos.

Otra singularidad es que el tema en realidad no era tan complejo. La información estaba ahí. Pero nadie profundizó en ella. Yo mismo no le vi potencial y tuve que ser empujado por mi jefe, que me amenazó con despedirme si era incapaz de revelar qué había detrás del PSN.

Para sacar adelante el reportaje, debí leer el máximo de notas publicadas del instituto político, luego hacer bastantes entrevistas al respecto, más de las que aparecen reflejadas en el texto. A ello agregué la tarea de fortalecer las declaraciones con documentos y poner en números las prerrogativas que del IFE habían recibido los nacionalistas, así como sus resultados electorales.

Lo más interesante fue descubrir las conexiones entre el presidente del partido y la empresa que le facturaba, propiedad de él mismo. Lo complicado fue conectar a alguien que conociera las entrañas de la organización. Esto enfrentó la dificultad de su redacción y presentación, labor que se facilitó gracias a Miguel de la Vega y el equipo de diseño. Al final, el lector consumió un producto que aún es recordado.

Atendiendo a lo que señala Randall<sup>1</sup>, respecto al periodismo de investigación, efectivamente ésta fue una investigación cuyo punto de partida fue material en bruto. Tuvo entrevistas, cotejó datos y cifras. Los frutos se debieron al descubrimiento de conexiones que nadie había encontrado antes. No me cabe duda que esa fue su originalidad.

---

<sup>1</sup> Randall David, *ibidem*, p. 100.

## **CAPÍTULO V**

### **La especialización del tema**

En el ejercicio del periodismo, el reportero se enfrenta con retos que lo derrotan. De eso nadie está exento. Las redacciones están llenas de reportajes que se quedan almacenados porque no cubren la calidad necesaria para publicarse o porque, como es común, a los editores a veces se les ocurren temas que ni el mejor de los reporteros sacaría adelante, simple y sencillamente porque son absurdos.

Pero también es justo reconocer que en otras ocasiones los reporteros abordamos temas sobre los que no tenemos dominio. Soberbios como llegamos a ser, en lugar de hacernos a un lado, nos embarcamos y terminamos en un naufragio vergonzoso. Tuve algunos descabros de este tipo. Uno de ellos me dejó tan estresado que hasta quise renunciar. Para evitar repetir este tipo de situaciones decidí ya no hacerme cargo de temas que desconocía, y especializarme en los asuntos que ya había investigado y con los que más me identificaba, ya que así lo requería el suplemento para el cual trabajaba.

### **Otras experiencias dificultosas de reportear**

En mayo de 2002 me topé con el peor fracaso que he tenido en materia periodística. Fue un reportaje que me encargó Alberto Aguirre. Se trataba de hacer una evaluación de la Federalización Educativa, con motivo del décimo aniversario de su firma, celebrada en 1992. A pesar de que han pasado casi tres años de esa encomienda, todavía me cuesta hacer una revisión de los días aciagos que viví a causa de mi incapacidad.

Se me complicó tanto entender el tema que a pesar de que durante tres semanas busqué información, leí documentos, contacté especialistas y navegué horas en Internet, no logré cuajar un ángulo noticioso contundente, además de que no pude ordenar todos los datos recabados.

Por aquella época me sentía como alguien capaz de emprender cualquier trabajo, aun cuando partiera de cero, como en este caso. Por supuesto que estaba equivocado, y este trabajo me lo demostró.

Todo empezó cuando Alberto dejó en mis manos la evaluación de la medida educativa. Me explicó el tema, y yo apuntaba en mi libreta. No se lo dije, pero mientras él hablaba, yo apenas entendía. Como en otras ocasiones, confiaba que en cuanto acomodara mis ideas, podría iniciar la investigación. No le expuse mis dudas, y esa fue una equivocación.

Cuando puse manos a la obra, debí averiguar lo que significaba la Federalización, cuándo se firmó, quiénes estamparon su rúbrica, y sobre todo, en qué consistía ese proyecto de alcance nacional. Rastrear esos asuntos consumió gran



parte de mi tiempo. En lo que comprendí el proceso, me di cuenta que no tenía contactos especializados en educación. Hice una lista de nombres, pero de esos descarté a la mayoría, pues su conocimiento era sobre docencia, más que de cuestiones administrativas.

Además, traté de contactar al Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), pero como casi nunca lo había hecho, ignoraba su funcionamiento.

Nunca tuve control sobre el tema, de tal forma que aunque el texto estaba contemplado para publicarse en la misma semana del día del maestro, simplemente no fue posible por mi desorden. Ello obligó a Alberto a cambiar su portada del suplemento y yo quedé muy mal. Esto ocurrió un miércoles.

Al día siguiente, alrededor de las 14:00 horas, vi desde mi lugar que Alberto entraba a la oficina de René Delgado. Se sentó y comenzaron a platicar. A los cinco minutos el editor se asomó por los cristales, me buscó con la vista y al encontrarme, me llamó. Al instante sospeché que vendría un regaño.

Así fue. René me pidió sentarme. Me pidió que le diera una explicación de mi incumplimiento en la entrega del texto. Le respondí que el tema me había derrotado. Reconocí, demasiado tarde, que nunca supe cómo abordarlo. Él, enojado, encontró injustificable mi excusa y me reclamó no haber consultado a Alberto o a los compañeros reporteros que sabían del tema dentro del periódico para que me asesoraran. “¿Tú crees que todos sabemos todo, que yo sé todo? Si yo necesito saber algo, y sé que alguien sabe, voy y se lo pregunto, aunque sea el director?”, me decía mientras me miraba con sus ojos encendidos, apenas contenidos por sus gafas. Me reclamó mi falta de seriedad y que no tomara en cuenta que él contaba con ese tema precisamente porque se acercaba el día del maestro.

Me sentí apenado. Aunque tenía el antecedente de algunos trabajos no publicados por carecer de un ángulo interesante, por criterios editoriales que se antepusieron a mi material, o porque al final no era posible conseguir la información deseada, no era lo mismo que admitir que el tema resultaba demasiado complejo, tal como me ocurrió. Fue un error tonto de mi parte. Me quedó claro, demasiado tarde, que si un tema no se entiende, no se debe abordar, eso se aprende desde la escuela, pero preferí no reconocer que en ese tema era un neófito y pagué las consecuencias.

Sin embargo, René me ofreció la oportunidad de sacarme la espina. En todo caso no tenía opción, ya que de lo contrario, mis días en el suplemento estaban contados.

Mi nueva encomienda consistía en realizar una investigación sobre los costos que tendría la implementación obligatoria de la educación preescolar, una reforma aprobada por aquellos días en la Cámara de Senadores. El director, de manera

puntual, me explicó que la reforma parecía una decisión irreflexiva, pues soslayaba el alto costo económico de la medida, que parecía tener la intención más bien de apoyar al SNTE.

Con esta introducción, me pidió averiguar qué se requería para implementar el preescolar obligatorio. Mi tarea era investigar la normatividad técnica de las instalaciones de los jardines de niños, su costo, qué requisitos debían tener los maestros, si había el número suficiente para cubrir la demanda. Asimismo, me encargó buscar algún estudio usado por los legisladores para aprobar tal medida.

Una vez más, yo ignoraba casi todo del tema. Pero a diferencia del fracaso anterior, ya tenía algunas fuentes y sabía algo de educación. No era un especialista, pero podía comenzar a serlo, aunque contara con poco tiempo. Aprendí de mis errores. Adopté una actitud más humilde, piqué piedra con investigadores de todo tipo. Consulté especialmente a Carlos Reyes, en ese entonces reportero de Nacional encargado del área educativa y quien por cierto egresó de la ENEP Aragón.

Antes de que se venciera el plazo para entregar mi información, tenía reunidos casi todos los elementos que me requirió René. Pero me faltaban tres muy importantes: la historia de cómo se decidió impulsar la reforma, la oposición de la SEP y una entrevista con su principal promotor, el senador Natividad González Parás.

Para resolver el primero, acudí a la Cámara de Diputados, que ratificó la medida emanada del Senado. La ley marca que las reformas legislativas deben contar con la aprobación de ambas cámaras. Contacté a varios diputados federales, pero casi nadie aceptó abordar el tema, aunque algunos me dieron información fuera de grabadora. Mientras rastreaba la historia, escuché el rumor que la SEP hizo circular entre los legisladores un informe donde les exponía las desventajas de aprobar la reforma. Según mis informantes, el documento incluía los costos desglosados en caso de poner en marcha la modificación constitucional. Se oía muy bien, pero nadie me entregaba una copia, a pesar de mis ruegos, con lo que dudé de su existencia.

Una fuente de alto nivel de la SEP -contactada por René- me confirmó la participación de la dependencia en la redacción del documento. Añadió que representaba el último argumento de la secretaría para que se revirtiera la obligatoriedad preescolar y sus consecuencias. Le solicité un ejemplar, pero se negó a proporcionármelo. A pesar de eso, el trabajo avanzaba en el cruce de información. En tanto, la entrevista con González Parás la conseguí a fuerza de solicitársela repetidamente.

Lo que realmente me preocupaba es que yo incluía cifras del dichoso documento, que un diputado me había pasado. Pero no tenía copia de esos papeles, desconocía cuántas hojas eran, y cuánta información incluía. Era miércoles, día de cierre de *Enfoque*. El reportaje era revisado por Alberto, que me advirtió que si no

conseguía ese documento, él no se arriesgaría a publicar el reportaje. El tiempo avanzaba. Dieron las doce de la noche y no llegaba. Aunque varios diputados me prometieron enviármelo, simplemente no me cumplieron. No obstante, mantenía la esperanza de tenerlo entre mis manos.

Llamé a un panista poblano que había mostrado una especial simpatía por mí. En San Lázaro me contó cómo fue la discusión de la medida entre los diputados y me ofreció mandar el documento, a cambio de no revelar su identidad. Pero cuando le marqué, no me respondió. Me sentí decepcionado. A los diez minutos el fax sonó. En ese momento llegó el ansiado estudio. Ni siquiera aparecía el membrete de la SEP o un sello que diera constancia de ser un documento oficial. Alberto mostró resistencias, pero como los datos del reportaje y del documento coincidían, finalmente lo aceptó y el reportaje se publicó.

Las reacciones fueron positivas. El lunes siguiente, luego de su publicación, en el pasillo René me comentó, apresurado: “¿Sabías que tu texto provocó una reunión del gabinete social?”.

“No”, respondí.

Me guiñó el ojo y me dio una palmada en la espalda, señal de que estaba contento. Así era René. Un tipazo.

Sacar este trabajo implicó adentrarme en la materia educativa, a tal grado que sin ser el que más sabe al respecto, por lo menos tengo algunos conocimientos de preescolar que incluso me permito compartir con mis amigos que tienen niños en edad de ingresar a dicho ciclo de enseñanza.

En agosto de 2003 volví a estar en la mira de René. A través de Alberto me hizo otro encargo. Se trataba de investigar si con el gobierno de Vicente Fox se había modificado la práctica de colocar en los mejores puestos diplomáticos a políticos, en lugar de personal del Servicio Profesional de Carrera. Para adentrarme en el tema, me proporcionó un documento que enlistaba algunos nombramientos diplomáticos, envueltos en la polémica. Además, contenía una crítica bien fundamentada de la recientemente reformada Ley del Servicio Profesional de Carrera. El director me pidió confirmar las historias que relataba el documento -sin firma- y añadió averiguar el costo de los continuos cambios registrados en embajadas y cónsules.

Ese trabajo fue complicado. En materia diplomática yo desconocía casi todo. Además, requería de contactos, pero ignoraba que los diplomáticos tienen por regla la discreción y casi nunca dan declaraciones. Tan sólo para tener una fuente me tardé una semana. Pero era de lujo. Era un director que tenía una visión crítica de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Gracias a él entendí el funcionamiento del Servicio Exterior.

Además, establecí contacto con otros diplomáticos, algunos ya retirados y otros con litigios con la SRE. Ellos sí dieron su nombre, pero no tenían acceso a las entrañas de la secretaría. También hablé con senadores y algunos de sus asesores, quienes sabían las historias de las discusiones y cuestionamientos de los legisladores en cada designación de embajador o cónsul. Por mi parte, revisé las versiones estenográficas de esas discusiones para usarlas como fuentes documentales.

Ya había aprendido la lección y me empapé de lo que significaba la diplomacia, del nacimiento del Servicio Exterior, de su ley, su reglamento y los nombres de cada representante del gobierno mexicano en el extranjero. Sin llegar a decir que me volví especialista, sí puedo presumir que aprendí mucho. Fue un tema al que posteriormente le di seguimiento, lo que me permitía intercambiar puntos de vista con la reportera encargada de cubrir la fuente diplomática en *Reforma*, Ariadna García.

El trabajo sobre los diplomáticos fue motivo de una enorme satisfacción. Se llevó la nota principal del periódico y, efectivamente, mostraba cómo los políticos desplazaban a los miembros del Servicio Exterior Mexicano de puestos que por naturaleza debían corresponderles a ellos, aunque la ley sí contempla hacer nombramientos políticos.

El resultado gráfico sólo puede calificarse como un gran trabajo de mis compañeros de diseño, quienes ilustraron muy bien el texto e incluyeron estadísticas y fotos relacionadas con lo escrito. Es curioso pensar que en cada trabajo publicado se comparten tareas. El material no sólo es del reportero, o del editor, o el director, o el equipo de diseño. Es de todos.

No obstante, merecen mención especial los editores. Tuve la oportunidad de trabajar con tres: Miguel de la Vega, Marco Antonio Gonsen y Alberto Aguirre, cada uno con su estilo, pero siempre adelante del reportero, como debe de ser. Y también cada uno preciso en sus señalamientos, correcciones y cuestionamientos a la información.

Es cierto que a muy pocos de buenas a primeras les agrada la idea de que los editores le metan mano a los textos. Yo no era la excepción. Pero gracias a ellos muchos de mis textos quedaron presentables. También debo decir que no era yo de los que actuaba de manera histérica apenas me señalaban un error o una falta en mis materiales, tal como hacen otros compañeros.

El papel del editor es fundamental. Y no lo digo yo, lo dice Alma Guillermoprieto, que en su texto “El reportaje”<sup>1</sup> reconoce la tarea de estos compañeros, ya que ellos nos cuestionan sobre nuestras fuentes, su confiabilidad y sobre el cruce de información, indispensable en cualquier reportaje que aspire a ser

---

<sup>1</sup> Alma Guillermoprieto, “El reportaje”, en *Cuadernos del Taller de Periodismo*. Volumen 1, Cartagena, Colombia, Fundación para un Nuevo Periodismo, 1999, p. 63.

serio. No obstante, lamenta que en nuestra América Latina no se reconozca al editor. Algunos reporteros se sienten humillados si los corrigen.

“A la falta de editor en América Latina se aplica la misma explicación que al machismo. Según mi apreciación personal el machismo es una estructura ideológica muy paralizante, que impide reconocer nuestros errores, así como los triunfos de los demás, porque siempre se asumen como una falta de mérito propio, que va generando un gran miedo a equivocarse. Cada equivocación se ve como un fracaso”<sup>2</sup>, analiza la brillante periodista de *The New Yorker*.

El periodismo es duro. Efectivamente, hay muy poca capacidad de aceptar el error propio y a sobredimensionar el ajeno. No sólo eso, es práctica común dejar sin reconocimiento el éxito ajeno, y en cambio, desear la caída del otro, así se produzca de manera injusta.

### **El seguimiento del PSN y la especialización del reportero**

¿Es *Enfoque* un suplemento especializado? De acuerdo con la definición de Antonio López de Zuazo Algar, el periodismo especializado es aquel que ofrece publicación para un público en concreto<sup>3</sup>.

Si nos atenemos a esta definición, efectivamente el suplemento era especializado, pues era muy claro que abordaba temas políticos. De hecho, hasta donde me quedé, su público se conformaba mayoritariamente por personas que rebasaban los 40 años de edad. Y por supuesto, la clase política lo leía cada semana.

Ahora bien, de acuerdo con la definición de David Randall, el periodista especializado es aquel que escribe siempre sobre el mismo tema.<sup>4</sup>

Mi caso bien puede aplicarse a este esquema: atendía básicamente el tema electoral, ocupándome de los partidos políticos, las autoridades electorales y la Cámara de Diputados. Especial atención puse en el seguimiento del PSN, a partir del texto que hice sobre esa organización. Se podría decir incluso que el periodismo de investigación aplicado durante el reportaje de los nacionalistas, fue lo que me llevó a especializarme en el tema, no sólo de esa organización, sino de lo electoral, por todo lo que aprendí al consultar a leyes, autoridades y miembros partidistas.

Lo hice porque consideré que era mi deber como reportero de *Enfoque*, único suplemento que se encargó de manera seria del asunto. No fue la única razón. También vi la oportunidad para despuntar como el periodista que mayor dominio

---

<sup>2</sup> *Ibíd.*, p. 63.

<sup>3</sup> López de Zuazo Algar, Antonio, *Diccionario de periodismo*, Madrid, España, Ediciones Pirámide, 1990, p. 149.

<sup>4</sup> Randall, David, *El periodista universal*, Madrid, España, Siglo Veintiuno de España Editores. 1999, p. 96.

tuviera sobre el partido de Riojas, deseo que no debe estar muy alejado de la realidad.

En mi persecución de información de la Sociedad Nacionalista he contactado con gente que me ha ofrecido información, pero se niega a dar la cara. Tomo nota de sus palabras con las debidas reservas. En algunas ocasiones esa información la he publicado, en otras sólo la guardo como parte de las anécdotas que rodearon al partido.

Es curioso notar que la información más abundante de la organización de Riojas se refiere a la vida interna y privada de él, y eso complica su comprobación y publicación. Aclaro esto último: la publicaría porque mis fuentes me dicen que el ex presidente del partido se ha dado la gran vida con el dinero que recibió del IFE.

Mi seguimiento me brindó la oportunidad de volver a hablar con Riojas, después de que su partido recibiera una multa de más de 100 millones de pesos por parte del Instituto Federal Electoral, en abril de 2003.

Lo entrevisté. Lo encontré diferente. Ya no se mostraba amable. Al contrario. Acusó a los periodistas de los problemas que atravesaba. Se preguntaba por qué sólo nos fijábamos en ellos y no en los demás partidos, a quienes decía conocer muy bien. Nunca aceptó, pero tampoco negó las irregularidades. La entrevista se publicó en *Enfoque*, y la acompañé de un resumen de una queja contra el PSN, interpuesta por Pablo Gómez ante el IFE. El entonces representante del PRD ante el órgano electoral, daba la espalda así a quien fuera su aliado en el 2000.

Una semana después de las elecciones del 6 de julio de 2003, ante los bajos resultados del partido y su inminente desaparición, un compañero y yo hicimos un recuento de los bienes acumulados en sus cuatro años de existencia. La lista incluía casas y vehículos que podían quedárselos, ya que la ley no los obligaba a devolverlos. Para mí ese trabajo fue fácil, pues conocía sus oficinas, las cuales visitamos para saber el punto de vista de Riojas, que por supuesto no nos recibió.

El 2 de mayo de 2004 publiqué otra nota sobre los pendientes que dejó Riojas, quien para entonces ya había desaparecido. La nota era un recuento de cómo apenas supo que se quedaba sin registro, se esfumó. No rindió cuenta a sus militantes, quienes lo buscaron en dos de los domicilios registrados como oficinas. Ya no entregó el despacho que tenía destinado en el IFE y en el Registro Federal Electoral sus empleados vaciaron el cubículo que ocupaban.

Riojas recibió una orden de presentación por parte de la Fiscalía Especializada para Delitos Electorales, a la que nunca llegó. Dentro del IFE, varios funcionarios lo dicen en voz baja: Riojas se burló de ellos.

Mientras estuve en *Reforma*, permanecí atento a cualquier noticia suya. Ello tuvo sus desventajas. Casi me obsesioné. Muchas veces propuse investigarlo más, y Alberto me paraba en seco, en tanto, decía, no tuviera algo sólido.

Uno de los riesgos de especializarse en un tema es que sólo se quiere publicar de él, a veces más orientado a satisfacer la propia curiosidad, más que la del lector.

“Los especialistas tienen que conservar un buen instinto informativo orientado hacia el público lector y no redactar las noticias pensando en la organización que es su material informativo”, apunta Randall.<sup>5</sup>

Otro riesgo es que al especializarse en un tema se redacte sólo para iniciados. Eso me ocurrió a mí. Hice trabajos electorales muy interesantes que por estar escritos con términos técnicos, propios del Cofipe más que del lector común, no eran muy leídos.

Siendo *Enfoque* especializado por su público, tal como revelaban las encuestas de consumo interno, según las cuales nos leía la gente mayor a 40 años, de nivel económico y cultural alto, tal vez el reto que yo tenía era escribir de manera más clara. No se trataba sólo de tener ocurrencias y redactar bonito, pero sin profundidad, sino de hacer accesibles esos temas al lector común, al que no nos leía precisamente porque encontraba una lectura complicada. A veces se me olvidaba que el periodismo debe ser asequible para cualquiera.

Es necesario decir que, a pesar de lo anterior, hubo textos llenos de términos jurídicos que fueron bien recibidos.

De cualquier manera coincido con Randall que advierte a los periodistas especialistas, de no recurrir a la jerga del área que cubren, ni sólo escribir información que interese “a un círculo de personas”.<sup>6</sup>

### **Los últimos días**

Aunque al tema del PSN le di seguimiento desde agosto de 2001 hasta mi salida de *Reforma* en febrero de 2004, hubo otros temas igual de apasionantes.

Uno de ellos fue el seguimiento que le hice a Jorge Castañeda, a quien entrevisté en cuanto dio a conocer su interés por convertirse en candidato a la presidencia de la República. Éste fue uno de los temas donde hice gran parte del trabajo de investigación; el punto de partida y de llegada era uno solo.

Me refiero a que mi editor Alberto Aguirre sabía que el ex secretario de Relaciones Exteriores preparaba un nuevo partido. Lo que faltaba era comprobarlo.

---

<sup>5</sup> Ídem, p. 97.

<sup>6</sup> Ídem.

Para ello, me encargó averiguar en qué consistía dicho proyecto, los integrantes de esta aventura, y dado que sus autores buscaban la secrecía, mi labor sería comprobar sus planes.

Debo decir que este asunto fue un dolor de cabeza, y en un principio creí que se trataba de un encargo de esos que a veces hacen los editores, en los que piden ajustar la realidad a lo que ellos creen. Pero no. Efectivamente había un bosquejo de partido, pero en una semana no averigüé nada y de plano le dije a Alberto que temía que todo era una corazonada.

“¿Ah sí? ¿Entonces por qué tengo copia de los documentos”, me reclamó, con su voz apagada, mientras me enseñaba unas copias con un membrete y unos estatutos, como los de cualquier otro partido. Como después de todo durante una semana sí tenía pistas de que había un proyecto en marcha, pero no podía comprobarlo, miré incrédulo los papeles. Reaccioné y acepté que había fallado. Seguimos platicando y pude entonces hacer otra estrategia, pues finalmente tenía una evidencia.

Al final pude hacer un trabajo con los datos conseguidos, complementados con información conseguida por Alberto. El texto fue firmado por ambos, y la entrevista salió a mi nombre. Aunque hubiera preferido que fuera yo quien consiguiera toda la información, y por consiguiente publicar sólo con mi crédito, también reconocía que Alberto completó muy bien el trabajo. Para mí no había problema en firmar con mi editor, a diferencia de otros compañeros.

Tres meses después, acompañé a Castañeda a una gira que realizó por la costa del Pacífico para difundir sus propuestas. Fue un trabajo fascinante: conviví con el precandidato y su equipo de trabajo a lo largo de cuatro días y medio, y se tradujo en una crónica y una entrevista. Con el antecedente del primer trabajo, Castañeda ya sabía algo de mí, pero sobre todo yo tenía conocimiento de él. Además, me apoyé en mis anteriores experiencias electorales y mis lecturas del Cofipe, y cuando el brillante académico me expresaba su optimismo para formar su partido, yo le acotaba explicándole que no era tan fácil, y lo hacía con base en las experiencias de agrupaciones políticas con quienes yo había hablado antes y no lograron su registro.

Fue una vivencia diferente. Viajé por Guerrero, Oaxaca y Chiapas. Eran jornadas muy cansadas porque aunado a la encomienda del semanario, debía enviar notas al diario. Esta labor se complicaba cuando debía llamar a los editores de Nacional para comentarles las actividades de Castañeda y definir un ángulo. Conseguir un teléfono podía ser vital. Si bien es cierto que yo contaba con mi celular, como era de los modelos más anacrónicos, rápidamente se agotaba su batería y no me servía para enviar las notas de dos mil 500 caracteres, entonces debía emplear un teléfono público, que generalmente se encontraba lejos de cada mitin, y cerca de algún sitio sumamente ruidoso. Otra dificultad se daba al concluir el día. Yo



no podía hospedarme con la gente que organizaba la gira, para evitar un conflicto de intereses, y debía buscar un hotel. Por supuesto que contaba con dinero, lo que podía enredar todo era no encontrar habitación o alejarme demasiado de los demás.

En noviembre, apenas regresé de unas vacaciones por Europa, Alberto me pidió investigar al partido Convergencia. El interés por este partido político surgió por su crecimiento, y porque de los partidos que obtuvieron registro en 1999, es el único que ha sobrevivido.

Como todo partido chico, se trataba de un viejo conocido para mí. El resultado fue insatisfactorio. Aunque tuve una variedad de fuentes, que iban desde su presidente, su secretario general, hasta los disidentes y un politólogo, no logré mostrar como hubiera querido el pragmatismo que los distingue. Me faltó tiempo para indagar sobre las supuestas irregularidades en que han incurrido, de acuerdo con su disidencia. Recuerdo que le pedí a Alberto más tiempo para redondear la investigación, pero se negó. Era entendible que así ocurriera, pues en los periódicos no se pueden prolongar los tiempos de espera. Pero a veces es un requisito para recoger los frutos informativos.

Posteriormente tuve otros encargos que realicé con mucha emoción, pero me iban agotando poco a poco. Recuerdo que en enero, prácticamente Alberto y yo fuimos quienes sacamos adelante el suplemento. En febrero, con motivo del cambio de dirigencia en el PAN, tuve el encargo de conocer las propuestas de los candidatos a la presidencia panista.

Sufrí mucho para sacarlo adelante. En principio todo marchaba bien, incluso como tenía algunos contactos en el blanquiazul ni siquiera era necesario salir de la oficina para pedir las entrevistas. Sé que esto no agradó a mis jefes, pues cuando pasaban cerca de mi lugar dejaban escapar una mirada de desaprobación. Pero para mí no tenía caso buscar a los personajes, cuando por experiencia era más sencillo hablarles a sus secretarios.

Conseguí entrevistas con Juan José Rodríguez Prats, Alejandro Zapata Perogordo y Manuel Espino –quien finalmente fue electo–. Faltaba Carlos Medina Plascencia. Los otros tres habían sido entrevistados y fotografiados en estudio y todo pintaba bien. Medina me prometió la entrevista para el miércoles, mismo día del cierre. Algo apretado, pero con tal de sacar adelante la chamba, lo aceptamos. La cita sería a las 18:00 horas. Pero una hora antes le hablé a su asistente para confirmarla.

Cuál sería mi sorpresa cuando la chica –de quién no recuerdo su nombre– me informó que no sería posible. Le reclamé su falta de seriedad y le dije que ya teníamos a los demás y tal vez saldríamos sin ellos. Apenada, se justificó con el argumento de que ellos empezaron tarde su campaña y los tiempos se habían apretado. Yo estaba furioso, pero contenido. Me despedí, convencido de que nada podría hacerse.

Le informé a Alberto. Sólo me miró y no expresó palabra alguna. Hasta me extrañó porque él es sumamente exigente. Miguel, que estaba con él, me exigió buscarlo en persona. Alberto, tranquilo, lo secundó. Me puse nervioso, porque según la asistente, no había posibilidad de hablar con él. Pero esa era la orden. ¿Por qué era tan importante este panista? Porque aparte de senador, se trataba de un precandidato a la presidencia de México, que había renunciado a sus aspiraciones para buscar la dirigencia de Acción Nacional.

Hice algunas llamadas y ya iba camino a un comité delegacional a alcanzar a Medina, cuando me llamó su asistente. Apenada, me dijo que tal vez podía hacer algo por mí, pero debía ir a Polanco para cazar al senador. Fui, lo esperé una hora, le pedí la entrevista y accedió con la condición de que fuera breve. Le comenté que sólo nos faltaban las fotos, que debían ser en el estudio fotográfico del periódico. Le expuse la importancia de que se realizaran ese mismo día, ya que era nuestro día de cierre de edición. Aceptó, bajo la condición de que lo esperaríamos hasta las diez de la noche. Así lo acordamos y cumplió. Se portó como un caballero y gracias a eso el material quedó espléndido.

Mi último reportaje me lo encargó Fernando del Collado, quien de reportero se convirtió en editor. Era un material que buscaba reflejar aquello que distinguiera las mañas sistemáticas en las dependencias mexicanas para evitar transparentar sus acciones, tal como lo establece la Ley de Transparencia y Acceso a la Información Pública, aprobada en 2002. Según Fernando, estas trampas no eran sino una extensión de la idiosincrasia del mexicano. Tal vez yo no era especialista en el tema de la rendición de cuentas, pero sí sabía un poco más de la idiosincrasia nacional, pues he leído al respecto.

Las trabas para aplicar dicha legislación me parecían más bien de carácter universal. Se lo comenté, pero él lo vio como una señal de displicencia de mi parte. Para no forzar el ángulo, le solicité más tiempo, que no me concedió. Yo estaba convencido de que requería una semana más, y además me sentía prácticamente “quemado”, por el trabajo acumulado de otras semanas. Él parecía tener sus razones para negarse, pues era su primera apuesta temática como editor.

Entregué mi texto y no le gustó. Criticó mi redacción, le metió mano y sobre todo, noté, ajustó el texto más a lo que él creía, incluso con párrafos de El laberinto de la Soledad de Octavio Paz relativos al carácter del mexicano. Hizo ajuste tras ajuste, y yo estuve disponible para cualquier emergencia. El texto salió publicado bajo mi firma. Se llevó la nota principal de *Reforma*. Sabía que era mío, pero que no me pertenecía del todo.

A los cuatro días de esto, René me llamó a su oficina. Fernando estaba ahí. El director me informó que él notaba que yo ya no quería estar ahí. Me dio dos opciones: dejar el periódico o irme a otra sección, renunciando a mi antigüedad, comenzando de cero y con un sueldo menor. Sabía que algún día pasaría eso. Sé que

René intentó que no me fuera del periódico, no dejarme sin chamba y se lo agradezco. Le pedí tiempo para pensarlo. Me dijo que sólo tenía ese día –eran las 19:00 horas– y no debía comentarlo con nadie o la oferta la retiraba.

Salí de la oficina, abatido, y lo pensé. Prefería irme antes que renunciar a mi antigüedad, que tanto trabajo me costó. Anteponía esto al reto de ir a Nacional, la sección estrella del periódico. Casi siempre acepté los retos que se me pusieron enfrente. Así lo hice como encuestador, después como capturista, luego como auxiliar reportero y finalmente como reportero titular. En cada uno siempre sentí nervios y en momentos difíciles pensé en tirar la toalla. Pero al mismo tiempo cada cargo lo disfruté y lo aprecié porque me ayudaba a cubrir mis necesidades económicas y me hacía sentir bien. Quería y quiero estar dentro del periodismo.

Aclaro: no a cualquier costo. Si hubiera optado por ir a Nacional, habría dado marcha atrás en materia económica. Eso me pareció inaceptable. Aparte de que es contra la ley, desde cualquier óptica significaba un retroceso. Cada cambio significó un estímulo, ahora la propuesta parecía un castigo que carecía de garantías. ¿Qué tal si pasaban los tres meses y arbitrariamente me daban las gracias? Me quedaba de todos modos sin empleo y sin antigüedad? Por eso dije no.

Fuera de *Reforma*, espero continuar en la trinchera periodística. Sé que me falta aprender y ese es un gran conocimiento que me anima a seguir.

## A MANERA DE CONCLUSIÓN

Durante mi trayectoria he confirmado que la pasión periodística no se agota. A veces decae, a veces no recompensa tal como uno espera. Sin embargo, basta estar cerca de un hecho noticioso en la calle, de leer un documento o de observar a un personaje conocido involucrado en un escándalo, para sentir una curiosidad incontrolable y un deseo de contar todo lo que rodea ese hecho, ese informe o a esa personalidad.

Es así que a pesar de que viví situaciones duras en las que creía merecer más reconocimiento, mayor sueldo y reducir mi extenuante horario de 12 horas de trabajo diarias, a lo largo de seis años, nunca dejé de emocionarme al ver mi nombre publicado, como autor de una nota, una entrevista o un reportaje.

Sí importaba, en cambio, el resultado final y el impacto que tuviera cada nota. A veces lo que reportaba no me dejaba satisfecho, y aunque se publicara, me quedaba con el gusanito de que se podía hacer más.

Ésta es una de las cosas que se aprenden en el ejercicio del periodismo: casi nunca tenemos el control sobre nuestros materiales y el impacto que puedan generar. Ya sea porque se nos dificulta la obtención de un documento, la localización de una fuente, o más aún, el destino que alcance dentro del periódico un material. Tal vez en la mayoría de los casos se consiguen los resultados esperados, pero siempre se está en riesgo de caer en el error o en la indiferencia.

Para evitar esto, el rigor debe acompañarnos siempre. Esto debe traducirse en el cruce de fuentes y la verificación de cada uno de los datos para cada trabajo, incluso las entrevistas, pues es frecuente dejamos llevar por información conocida, pero no siempre correcta. Es común repetir errores ya publicados. El reportero debe desconfiar de cada fecha, nombre, cifra o cita que desconozca, que no haya conseguido o verificado. Es claro que puede retomar datos de otros, pero si cuenta con fuentes en dependencias, así como con libros de consulta elaborados por autoridades electorales, legislativas o instituciones académicas, su trabajo será más confiable. Por lo menos si incluye un dato equivocado, tendrá a quién achacársela.

El reportero no puede guiarse por lo que él sabe o supone. Como decía René Delgado: “Un reportero jamás supone, jamás. Esto es de certezas, no de suposiciones”. Siempre hay que checar los datos, aún cuando se esté cansado o presionado, pues a veces el error llega por donde menos se espera.

También sirve la actualización y profesionalización en un ambiente laboral donde la rotación de personal es frecuente y las nuevas generaciones llegan mejor preparadas y con el empuje que da la juventud. Eso genera una competencia durísima. Pero quien se actualiza informativamente, quien toma cursos de ética, de periodismo especializado y está pendiente día a día de las áreas que cubre y en las que se especializa, se armará mejor para encarar los retos que se presenten y ofrecer visiones novedosas de lo que ocurre. En esta medida reconozco al periódico *Reforma*, cuya directiva se caracteriza por actualizar y ofrecer cursos de técnicas en periodismo a sus trabajadores.

Igual de importante es estar atento a lo que hace la competencia. Mal por aquellos reporteros que desdeñan el material de los demás sin analizarlo. La experiencia me dice que de la nota más sencilla se puede sacar por lo menos un dato potencialmente útil. Claro que este proceso debe ser acompañado de análisis y del conocimiento del tema que nos interesa, ya que en diversas ocasiones la información resulta errónea, pero publicada. Ahí radica la importancia de la especialización. El reportero especializado no se sorprende con cualquier dato. Pero al mismo tiempo, debe conservar la capacidad de sorpresa y no descartar que su próximo golpe puede ocultarse en la más breve de las notas ajenas.

Una enseñanza adquirida en diez años es que según el medio, puede ser el impacto de la nota. Eso es injusto si se toma en cuenta que hay medios considerados menores cuyo trabajo es magnífico. Y un medio llamado grande no está exento de gente poco profesional, véase el caso del *New York Times*, al que se le coló un tal Jayson Blair. Pero formar parte de un medio vigoroso, con marcada influencia entre los círculos económica y políticamente más poderosos, genera una enorme responsabilidad, ya que para muchos lectores lo que leen es la fiel realidad. Por lo tanto, el espacio para los errores debe ser nulo, sin importar que en las redacciones son infaltables los descuidados o los carentes de rigor.

En mi desempeño como reportero de un suplemento político, me percaté que contar con tiempo ayuda a mejorar la calidad de cualquier trabajo. Pero difícilmente en los medios hay espacio para investigaciones de más de un mes. Es claro que cualquier reportero debe dar por descontado que trabajara bajo presión, pero en mi caso, más dedicado a trabajos de largo aliento, cuánto hubiera agradecido un mayor tiempo para encargos que se me complicaron, y cuyo resultado fue insatisfactorio. No es algo exclusivo de *Reforma*. Las investigaciones de este tipo se han relegado. Como en cualquier empresa –¿el periodismo es como cualquier actividad económica? – se asume que si uno no plasma su labor en una o dos semanas es improductivo. Pero hay asuntos que requieren más de quince días para que cuajen.

Un requisito más para lograr mejores resultados es contar con una situación económica desahogada. Los reporteros como cualquier empleado deben mantenerse. Al mismo tiempo deben tener contacto con innumerables fuentes. Y por supuesto, deben evitar que éstas impongan sus condiciones, incluso si se trata de pagar una

comida. Pero cultivarlas implica reuniones, traslados, sacar copias a documentos que ellos nos prestan o comprar libros que pueden ser importantes para cada asunto.

El reportero debe contar con un salario digno que le evite enfrentarse al conflicto de gastar en algo que requiera su familia o algo que sea vital para su trabajo. Es necesario mejorar las prestaciones. En mi caso con *Reforma* recibía un sueldo digno, que por mi antigüedad y mi trabajo considero que debía ser mejor y que hubiera representado un reconocimiento. Y la forma en que salí fue inesperada, ya que mi ex patrón se había distinguido por su seriedad laboral. Es un pendiente para los compañeros reporteros: fortalecer al gremio.

Debe terminarse con la explotación que sufren los becarios que perciben sueldos magros y a cambio laboran como profesionales. Debe acabarse con la continua evasión de impuestos de parte de algunos medios que ni siquiera dan un recibo a la hora de pagar salarios. Contar con un ingreso bajo deriva en una baja del interés por nuestra labor. Es cierto que estar en un medio periodístico da estatus social, pero éste debe acompañarse de un sueldo profesional.

Aprendí que un motivo de satisfacción en la práctica del periodismo es el contacto con la realidad desde un sitio privilegiado. Pero la mejor retribución es notar que un trabajo nuestro tenga impacto sobre la sociedad, los grupos de poder, el gobierno local o federal. Entonces los desvelos, la gastritis y los regaños del jefe pasan a segundo plano.

Pero detrás de ese trabajo que nos da reconocimiento, siempre hay un equipo que pasa por el editor y los encargados de ilustrar nuestro material. Particularmente debo decir que la importancia de los editores es un tema que no ha sido discutido lo suficiente. En mi caso siempre conté con editores brillantes, verdaderos magos para impulsar notas y lucirlas. Sus conocimientos de los temas y de cómo presentar la información siempre sirvieron para mejorar mis textos, a pesar de que en ocasiones no compartiera sus correcciones o sintiera que pedían el dato imposible.

A lo largo de la presente memoria he mencionado muchas de las carencias de la entonces ENEP que vi en cuatro años de estudios. Pero estoy convencido de que alguien que sale de la ahora Facultad lo hace armado con numerosas herramientas para integrarse al mercado laboral. No lo digo por quedar bien.

Durante mi trayectoria vi a muchos compañeros de otras escuelas que sabían escribir, pero desconocían de la mínima noción de las leyes. Conocí personas bilingües que sin embargo padecían para redactar una nota; especialistas en ciencia política, con nulos conocimientos en literatura; peor aún, gente muy preparada, pero sin la menor disposición a sacrificarse, a desvelarse, a salir a la calle.

Estoy muy orgulloso y agradecido con Aragón. Hay algo que la distingue de otras escuelas. Se trata de un espíritu crítico y universal que no se ve en cualquier

lado. Me refiero a ese programa académico que nos permite acercarnos lo mismo a técnicas de investigación, a derecho, a literatura y por supuesto a periodismo.

Es importante decir que en la escuela se debe reforzar la práctica de la escritura e investigación. Al comenzar a reportear, es un hueco que llega a pesar. Pendiente queda reforzar la enseñanza con profesores que compartan los secretos de la profesión y una actualización de las técnicas de periodismo.

Ningún estudiante puede carecer de los mínimos conocimientos de ciberperiodismo, ni del periodismo de investigación. Porque éste es una de las puertas que conduce a la especialización. Una es la que se da con la convivencia diaria con una fuente, la que se practica con la cobertura de la nota diaria. Otra es la que he descrito en esta memoria, consistente en la investigación acuciosa sustentada en testimonios, documentos y cruce de datos, que conducen a un dominio sobre lo que se indague.

He querido compartir mi experiencia que adquirí con mi llegada al diario y mi posterior crecimiento profesional, con el fin de mostrar que sí hay oportunidades en el medio. Lo digo yo, que entré a *Reforma* como encuestador –la joya de ese periódico, diría un directivo, que seguramente quiso quedar bien– y llegué a integrar uno de los mejores suplementos políticos de México.

Finalmente, debo reconocer que me falta mucho por aprender, porque el periodismo de investigación nunca se agota. Pendientes de averiguar quedan muchos temas, la adquisición de técnicas para mejorar mi reporte y la realización de lecturas para tener mayor profundidad a la hora de abordar cualquier tema. He elegido el periodismo como mi forma de vida.

## FUENTES DE CONSULTA

Randall, David, *El periodista universal*, Madrid, España, Siglo Veintiuno de España Editores, 1999, 266 pp.

López de Zuazo Algar, Antonio, Madrid, España, *Diccionario de periodismo*, Ediciones Pirámide, 1990, 237 pp.

Restrepo, Javier Darío, “Ética periodística”; Guillermprieto, Alma, “El reportaje”; García Márquez, Gabriel, Santos Calderón, Enrique, Martínez Roig, Alex y Vanoi, Catherine, “Ediciones dominicales”, Cuadernos del taller de periodismo, volumen 1, Cartagena, Colombia, Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano, Cartagena, Colombia, 1999. 237 pp.